

Ludwig von Mises

La mentalidad anticapitalista



La mentalidad anticapitalista

Ludwig von Mises

1. El consumidor soberano

Lo característico del capitalismo es producir bienes en masa para el consumo de la masa, provocando, de esta suerte, una tendencia a la elevación del nivel de vida en general y al progresivo enriquecimiento de los grupos mayoritarios. El capitalismo «desproletariza» a los trabajadores, «aburguesándolos», a base de bienes y servicios.

El hombre de la calle, en régimen de mercado, es el soberano consumidor, quien, comprando o absteniéndose de comprar, decide, en última instancia, lo que debe producirse, en qué cantidad y de cuál calidad. Los comercios y los establecimientos que suministran exclusiva o preferentemente a las clases acomodadas aquellos artículos, suntuarios y lujosos, que éstas apetecen, desempeñan un papel secundario; son elegantes, pero modestos, de escaso peso. Las empresas de verdadero volumen, las fábricas y explotaciones están siempre, directa o indirectamente, al servicio de las masas.

La *revolución industrial*, desde su inicio, continuamente, benefició a las multitudes. Aquellos desgraciados que, a lo largo de la historia, formaron siempre el rebaño de esclavos y siervos, de marginados y mendigos, se transformaron, de pronto, en los compradores, cortejados por el hombre de negocios, en los clientes «que siempre tienen razón», pues pueden hacer ricos a los proveedores ayer pobres y pobres a los proveedores hoy ricos.

La economía de mercado, cuando no se halla sabotada por la arbitrariedad de gobernantes y políticos, resulta incompatible con aquellos grandes señores feudales y poderosos caballeros que, otrora, mantenían sometido al pueblo, imponiéndole tributos y gabelas, mientras celebraban alegres banquetes con cuyas migajas y mendrugos los villanos malamente sobrevivían. La economía basada en el lucro hace prosperar a quienes, en cada momento, por una razón u otra, logran satisfacer las necesidades de las gentes del modo mejor y mas barato posible. Quien está complaciendo a los consumidores progresa. Los capitalistas se arruinan tan pronto como dejan de invertir allí donde, con mayor diligencia, se atiende la siempre caprichosa demanda. Es un plebiscito, donde cada unidad monetaria confiere derecho a votar, Los consumidores, mediante tal sufragio, a diario, deciden quiénes deben poseer las factorías, los centros comerciales y las explotaciones agrícolas. El controlar los factores de producción constituye función social sujeta siempre a la confirmación o revocación de los consumidores soberanos.

Esto es lo que el moderno concepto de libertad social significa. Cada uno puede moldear su vida de acuerdo con los propios planes. No ha de someterse a ajenos programas, elaborados por supremas autoridades quienes imponen las normas correspondientes mediante el mecanismo coercitivo de la fuerza pública. La libertad —digámoslo claro, desde un principio— no es nunca absoluta. Queda limitada, en el caso del mercado, pese a la ausencia de toda amenaza y violencia, por la propia fisiología humana, de un lado, y, de otro, por la natural escasez de los bienes económicos. La realidad restringe, en este planeta, las posibilidades de sus habitantes.

No pretendemos justificar la libertad desde un punto de vista metafísico ni absoluto. No entramos en el típico argumento totalitario —tanto de derechas como de izquierdas— según el cual, las masas son demasiado estúpidas e ignorantes para saber sus "Verdaderas" necesidades, por lo que necesitan de una tutela, la del buen gobernante, para no autodañarse. Menos aún nos interesa dilucidar si, en verdad, existen esos superhombres quienes,

como míticos demiurgos, serían los únicos capaces de desempeñar tal tutoría.

2. El ansia de mejora económica

El hombre de la calle, bajo el capitalismo, disfruta de bienes desconocidos en tiempos pasados, que, por ello, resultaban entonces inaccesibles incluso para los más ricos. Los automóviles, las televisiones y las neveras, sin embargo, no dan la felicidad. Al adquirir tales accesorios, el hombre, desde luego, se siente más feliz que antes; pero, en cuanto cualquier deseo satisface, nuevas apetencias le asaltan. Tal es la naturaleza humana.

Pocos americanos se percatan de que disfrutan del más alto nivel de vida, de unas riquezas que la inmensa mayoría de quienes viven en países no capitalistas consideran fabulosas e imposibles de alcanzar. A lo que ya tenemos o podemos fácilmente adquirir solemos dar poca trascendencia; anhelamos, en cambio, cuanto está fuera de nuestro alcance. Vano es lamentar tal insaciable humana apetencia. Constituye, precisamente, el impulso que conduce a la superación económica. Conformarse con lo poseído, absteniéndose apáticamente de toda mejora, no constituye virtud; más bien actitud propia de irracionales. El sello, lo característicamente humano, consiste en no cejar nunca por aumentar el propio bienestar.

Tal humana actividad, siempre en busca de la felicidad, ha de hallarse, sin embargo, debidamente orientada, si quiere conseguir el objetivo deseado. Lo malo de nuestros contemporáneos no es que apasionadamente apetezcan mayor bienestar; lo lamentable es que apelen a medios

inadecuados para alcanzar dicha meta, favoreciendo, sin darse cuenta, políticas contrarias a su auténtico interés personal. Demasiado obtusos para percibir las inevitables consecuencias que, al final, van a provocar, se deleitan con los pasajeros efectos registrados a corto plazo. Postulan medidas que conducen al empobrecimiento general, al desmoronamiento de la cooperación social, fundada en la división del trabajo, abocando a la barbarie.

Sólo hay un medio para mejorar las condiciones materiales de la humanidad; impulsar el incremento del capital disponible a un ritmo superior al crecimiento de la población. Cuanto mayor sea la cuantía del capital invertido por trabajador, superior cantidad de bienes de mejor calidad cabrá producir. Eso es lo que el vilipendiado sistema capitalista, basado en el lucro, desde su inicio, consiguió, habiendo logrado, hasta hoy, mantener el primigenio impulso. Mañana, Dios dirá, pues la mayoría de los gobernantes y políticos —y los votantes— no ansían otra cosa que destruir el sistema.

Pero ¿por qué les repugna tanto el capitalismo? ¿Por qué añoran siempre los «felices tiempos pasados»? ¿Por qué lanzan furtivas si bien deseosas miradas a la miserable condición del obrero soviético, mientras a la vista tienen el bienestar que el sistema capitalista sobre los trabajadores occidentales comparativamente derrama?

3. Sociedad estamental y sociedad capitalista

Antes de contestar a estas preguntas es necesario poner de relieve los rasgos distintivos del capitalismo frente a los de una sociedad de tipo feudal o estamental.

Suele la gente asimilar a empresarios y capitalistas con los nobles señorones de la sociedad esencialmente clasista de los siglos medievales y de la edad moderna. La comparación se basa en la diferencia patrimonial de unos frente a la de otros. Tal paralelo, sin embargo, pasa por alto la diferencia existente entre la riqueza de un aristócrata de tipo feudal y la del «burgués» capitalista.

Aquella no constituía fenómeno de mercado; no derivaba de haber producido bienes o servicios voluntariamente adquiridos por los consumidores; éstos, en el enriquecimiento y el empobrecimiento de los grandes, nada tenían que decir, ni entraban ni salían. Tales fortunas, por el contrario, procedían, o bien de bélico botín, o bien de la liberalidad de otro expoliador y se desvanecían por revocación del donante o por ajeno asalto armado (también cabía que el pródigo las malbaratara). Aquellos ricos no se hallaban al servicio de los consumidores; el pueblo llano, para ellos, no contaba.

Empresarios y capitalistas, en cambio, se enriquecen gracias al cliente que patrocina sus negocios. Quiebran tan pronto como otro fabricante

accede al mercado con cosas mejores o mas baratas, si no son ágiles y, a tiempo, saben adaptarse a la nueva situación.

No vamos, desde luego, a entrar en los antecedentes históricos de castas y clases, de hereditarias categorías, de derechos exclusivos, de privilegios e incapacidades personales. Importa, aquí, tan sólo señalar que tales instituciones repugnan al mercado; resultan incompatibles con el sistema capitalista libre de entorpecimientos. Sólo cuando tales discriminaciones fueron abolidas, implantándose el principio de la igualdad de todos ante la ley, pudo la humanidad gozar de los beneficios que la propiedad privada de los medios de producción lleva aparejados.

En una sociedad basada en jerarquías, castas y estamentos, la posición de cada uno está de antemano prefijada. Se nace adscrito a específica categoría social. Tal posición viene rígidamente regulada por leyes y costumbres que confieren concretos privilegios e imponen precisos deberes al interesado. La buena o la mala fortuna personal, en muy raras ocasiones, puede elevar o rebajar de categoría al sujeto; por lo general, las condiciones de los distintos miembros de una clase sólo mejoran o empeoran al cambiar las condiciones de todo el correspondiente brazo social. El individuo, personalmente, no forma parte de la nación; es mero componente de un estamento (*Stand, état*) y, como tal, indirectamente sólo, se integra en el cuerpo nacional. Ningún sentimiento de comunidad experimenta ante el compatriota perteneciente a distinta clase social; percibe el abismo que le separa del ajeno rango, diferencia que, incluso, el habla y el vestido, ayer, reflejaban. Los aristócratas conversaban preferentemente en francés; el tercer estado empleaba la lengua vernácula, mientras las clases humildes se aferraban a dialectos, jergas y argots incomprensibles fuera de estrechos círculos. El atavío de las distintas clases también era diferente; el mero aspecto exterior bastaba para delatar la condición estamental del paseante.

Lo curioso es que esa abolición de privilegios clasistas constituya precisamente la esencial objeción que los sensibleros admiradores de los «felices tiempos pasados» esgrimen contra el capitalismo. Se ha «atomizad» la sociedad; las antiguas agrupaciones «orgánicas» quedaron sustituidas por masas «amorfas». El pueblo es soberano, sí, pero un

«malsano materialismo» ha arrumbado las nobles normas que antes regían. Poderoso caballero es Don Dinero. Personas carentes de valía son ricas y nadan en la abundancia, mientras que otras, meritorias y dignas, vagan por las calles sin blanca en el bolsillo.

Tal crítica, implícitamente, presupone altas virtudes en los aristócratas del ancien régime si gozaban de superior categoría y de mayores rentas, sería ello debido a su preeminente cultura y calidad moral. No vamos a valorar conductas; pero el historiador nos hace notar que la alta nobleza estaba compuesta por los descendientes de soldados, cortesanos y «cortesanas», quienes, con ocasión de las luchas políticas y religiosas de los siglos XVI y XVII, fueron lo bastante listos o afortunados como para sumarse al partido que, respectivamente, en cada país, resultó vencedor.

Aunque los enemigos del mercado, bien sean conservadores, bien «progresistas», discrepan entre sí al ponderar aquellas aristocráticas normas de vida, concordes, por el contrario, se muestran cuando condenan los principios básicos de la sociedad capitalista. No son los hombres de verdadero mérito quienes adquieren riqueza y prestigio; gentes indignas y frívolas, en cambio, todo lo consiguen, mediante engaños y trapacerías. Ambos grupos, los conservadores y los «progres», persiguen como cardinal objetivo la sustitución del sistema distributivo capitalista, evidentemente injusto, por otras normas de distribución «más equitativas».

Nadie, desde luego, jamás ha dicho que empresarios y capitalistas sean dechado de seráficas virtudes. La democracia del mercado se desentiende del «verdadero» mérito, de la «íntima» santidad, de la «personal» moralidad, de la justicia «absoluta».

Prosperan en la palestra mercantil, libre de trabas administrativas, quienes se preocupan y consiguen proporcionar a sus semejantes lo que éstos, en cada momento, con mayor apremio desean. Los consumidores, por su parte, se atienen exclusivamente a sus propias necesidades, apetencias o caprichos. Esa es la ley de la democracia capitalista. Los consumidores son soberanos y exigen ser complacidos.

A millones de personas les gusta la Pinka-Pinka, bebida preparada por la multinacional Pinka-Pinka Internacional. Co. No menor es el número de

quienes disfrutan con las novelas policíacas, las películas «de miedo», los periódicos sensacionalistas, las corridas de toros, el boxeo, el whisky, los cigarrillos, el chicle; los votantes abrumadoramente apoyan a políticos armamentistas, belicosos y provocadores. Dadas estas realidades notorias, se enriquecen en el mercado quienes, del modo más cumplido y más barato, satisfacen dichas voluntades. No son teóricas valoraciones, sino efectivas apreciaciones, expresadas por las gentes, comprando o abteniéndose de comprar, lo que cuenta. Cabría, a modo de consejo, decirle al despechado que critica la mecánica mercantil; «Si lo que Vd. desea es hacerse rico, procure complacer al público, ofreciéndole algo o más barato o más apetecible que aquello que ahora se le está brindando; intente superar a la Pinka-Pinka, elaborando otra bebida; la igualdad ante la ley le faculta, en un mercado libre, para competir con los más engreídos millonarios; superar al rey del chocolate, a la estrella de cine o al campeón de boxeo; y, finalmente, tenga presente que en modo alguno se cercena su personal derecho a despreciar todas esas riquezas, que en la industria textil o en el boxeo profesional posiblemente alcanzara, por componer poético soneto o filosófico ensayo. Ganará, entonces, Vd. menos dinero, pero eso es todo». Tal es la ley, según indicábamos, de la democracia económica del mercado. Los que satisfacen las apetencias de grupos minoritarios obtienen menos votos —dólares— que quienes se pliegan a los deseos de más amplios círculos. Cuando se trata de ganar dinero, la estrella de cine supera al filósofo y el fabricante de Pinka-Pinka al maestro sinfónico.

Bajo la consustancial sistemática del mercado, los grandes ingresos y los más altos cargos, en principio, están a disposición de todos. Pero luego viene la cicatera realidad; y ella sí discrimina entre los mortales. Hay circunstancias personales, congénitas o adquiridas, que hacen que el área de actuación propia tenga rigurosa delimitación. Un abismo separa al necio del perspicaz; a quien sabe pensar por su cuenta de quien sólo repite ajenas y mal interpretadas sandeces.

4. El resentimiento de la ambición frustrada

Consignado lo anterior, vamos a intentar comprender por qué la gente odia al capitalismo.

Puede el sujeto, en una sociedad estamental, atribuir la adversidad de su destino a circunstancias ajenas a sí mismo. Le hicieron de condición servil y por eso es esclavo. La culpa no es suya; de nada tiene por qué avergonzarse. La mujer, que no se queje, pues si le preguntara: «¿Por que no eres duque? Si tú fueras duque, yo sería duquesa», el marido le contestaría: «Si mi padre hubiera sido duque, no me habría casado contigo, tan villana como yo, sino con una linda duquesita, ¿Por qué no conseguiste mejores padres?».

La cosa ya no pinta del mismo modo bajo el capitalismo. La posición de cada uno depende de su respectiva aportación. Quien no alcanza lo ambicionado, dejando pasar oportunidades, sabe que sus semejantes le juzgaron y postergaron. Ahora sí, cuando su esposa le reprocha: «¿Por qué no ganas más que ochenta dólares a la semana? Si fueras tan hábil como tu antiguo amigo Pablo, serías encargado y viviríamos mejor», se percata de la propia humillante inferioridad.

La tan comentada inhumana dureza del capitalismo en eso precisamente estriba; en que se trata a cada uno según, de momento, haya contribuido al bienestar de sus semejantes. El grito marxista «a cada uno según sus merecimientos» se cumple rigurosamente en el mercado, donde no se

admiten excusas ni personales lamentaciones. Advierte cada cual que fracasó donde triunfaron otros, quienes, por el contrario, en gran número, arrancaron del mismo punto de donde el interesado partió. Y lo que es peor, tales realidades constan a los demás. En la mirada familiar lee tácito reproche: «¿Por qué no fuiste mejor?». La gente admira a quien triunfa, contemplando al fracasado con menosprecio y pena.

Se le critica al capitalismo, precisamente, el otorgar a todos la oportunidad de alcanzar las posiciones más envidiables, posiciones que naturalmente pocos alcanzarán. Cuanto en la vida consigamos nunca será más que fracción mínima de lo originariamente ambicionado.

Tratamos con gentes que lograron lo que nosotros no pudimos alcanzar. Hay quienes nos aventajaron y, a su respecto, alimentamos subconscientes complejos de inferioridad. Tal sucede al vagabundo que mira al trabajador manual; al obrero ante el capataz; al empleado frente al director; al director para con el presidente; a quien tiene trescientos mil dólares cuando contempla al millonario. La confianza en sí mismo, el equilibrio moral, se quebranta al ver pasar a otros de mayor habilidad y superior capacidad para contentar a los demás. La propia ineficacia queda de manifiesto.

Justus Moser inicia la larga serie de autores alemanes opuestos a las ideas occidentales de la ilustración, del racionalismo, del utilitarismo y del *laissez faire*. Le irritaban los nuevos modos de pensar que hacían depender los ascensos, en la milicia y en la pública administración, del mérito, de la capacidad, haciendo caso omiso de la cuna y el linaje, de la biológica edad y de los años de servicio. Insoportable sería, decía Moser, la vida en una sociedad donde todo exclusivamente dependiera de la individual valía. Proclives somos a sobreestimar nuestra capacidad y nuestros merecimientos; de ahí que, cuando la posición social viene condicionada por factores ajenos, quienes ocupan lugares inferiores toleran la situación—las cosas son así— conservando intacta la dignidad y la propia estima, convencidos de que valen tanto o más que los otros. Varía, en cambio, el planteamiento si sólo el personal mérito decide; el fracasado se siente humillado; odio y animosidad rezuma contra quienes le superan |

Pues bien, esa sociedad, en la que el mérito y la propia ejecutoria determinan el éxito o el hundimiento, es la que el capitalismo, apelando a la mecánica del mercado y de los precios, extendió por donde pudo.

Moser, coincidamos o no con sus ideas, no era, desde luego, tonto; predijo las reacciones psicológicas que el nuevo sistema iba a desencadenar; adivinó la revuelta de quienes, puestos a prueba, flaquearían.

Y, efectivamente, tales personas, para consolarse y recuperar la confianza propia, buscan siempre socorredor chivo expiatorio. El fracaso — piensan— no les es imputable; son ellos tan brillantes, eficientes y diligentes como quienes les eclipsan. Es el prevalente orden social la causa de su desgracia; no premia a los mejores; galardona, en cambio, a los malvados carentes de escrúpulos, a los estafadores, a los explotadores, a los «individualistas sin entrañas». La honradez propia perdió al interesado; era él demasiado honesto; no quería recurrir a las bajas tretas con que los otros se encumbraron. Hay que optar, bajo el capitalismo, entre la pobreza honrada o la turbia riqueza; él prefirió la primera.

Esa ansiosa búsqueda de propiciatoria víctima constituye reacción propia de quienes viven bajo un orden social que premia a cada uno con arreglo a su propio merecimiento, es decir, según haya podido contribuir al bienestar ajeno. Quien no ve sus ambiciones plenamente satisfechas se convierte, bajo tal orden social, en resentido rebelde. Los zafios se lanzan por la vía de la calumnia y la difamación; los más hábiles, en cambio, procuran enmascarar el odio tras filosóficas lucubraciones anticapitalistas. Tanto aquéllos como éstos, lo que, en definitiva, desean es ahogar denunciadora voz interior; la íntima conciencia de la falsedad de la propia crítica alimenta su fanatismo anticapitalista.

Tal frustración, según veíamos, surge bajo cualquier orden social basado en la igualdad de todos ante la ley. Sólo, sin embargo, es ésta indirectamente culpable del resentimiento, pues tal igualdad lo único que hace es poner de manifiesto la innata desigualdad de los mortales por lo que se refiere al respectivo vigor físico e intelectual, fuerza de voluntad y capacidad de trabajo. Resalta, eso sí, despiadadamente el abismo existente entre lo que, en verdad, cada uno realiza y la valoración que el propio sujeto

concede a su ejecutoria. Despierto sueña quien exagera la propia valía, juntando de refugiarse en onírico mundo «mejor», donde cada uno sería recompensado con arreglo a su «verdadero» mérito.

5. El resentimiento de los intelectuales

El hombre medio, generalmente, no trata con quienes lograron triunfar en mayor proporción que él. Se mueve en el círculo de otros hombres vulgares y poco alterna con los superiores. No puede, pues, directamente, advertir aquellas premisas que permiten al empresario servir con éxito a los consumidores. El resentimiento y la envidia, en su caso, no lo dirigen, por tanto, contra seres de carne y hueso, sino contra pálidas abstracciones, tales como el capital, la dirección, Wall Street. Difícil es odiar a tales desdibujados fantasmas con aquella amarga virulencia que suscita el adversario con quien a diario se pugna.

De ahí que el caso resulte diferente para aquellos que, por particulares circunstancias laborales o por vinculaciones familiares, mantienen contacto personal con quienes cosecharon unas recompensas que —entienden— a ellos les sustrajeron. El resentimiento en estos supuestos es mayor, más doloroso, pues lo engendra el contacto directo con seres corporales. Condenan al capitalismo porque, para los cargos que ellos ambicionaban, prefirió a otros.

Tal es el caso de los intelectuales. Veamos, por ejemplo, a los médicos. Su ocupación y habitual contacto les recuerda a diario que pertenecen a una profesión que clasifica y ordena, con extraordinario rigor, según la respectiva capacidad. Los más eminentes, aquellos que investigan y

descubren, cuyas enseñanzas los demás han de aprender y practicar, si quieren mantenerse al día, no ha mucho fueron amigos, compañeros de facultad y juntos trabajaron como internos. Se siguen viendo en congresos y asambleas, a la cabecera de pacientes y en fiestas de sociedad. Algunos son amigos personales del resentido, manteniendo con él relación frecuente; le tratan con la mayor cortesía; «colega querido», siempre. Pero descuellan en la estimación pública y en la cuantía de sus honorarios; le superaron y ahora pertenecen a distinta categoría; al compararse con ellos se siente humillado, si bien ha de vigilarse, cuidando de no dejar traslucir ni rencor ni envidia. Disimula, por tanto, desviando la ira hacia diferente blanco; prefiere denunciar la organización económica de la sociedad, el nefando sistema capitalista. Bajo otro orden más justo, su capacidad y talento, su celo y logros, le hubieran sido debidamente premiados.

Lo mismo ocurre con abogados y profesores, artistas y actores, escritores y periodistas, arquitectos y científicos, ingenieros y químicos. Muchos de ellos también se sienten frustrados, vejados por la elevación del colega, antiguo camarada y compañero. Las normas éticas y de conducta profesional encubren la competencia tras un velo de amistosa fraternidad, lo que hace aún más amargo el resquemor.

Odia el intelectual, como decíamos, al capitalismo por cuanto encarna en viejos amigos cuyo éxito le duele; inculpa al sistema de la frustración de unas ambiciones que su personal vanidad hizo desmedidas.

6. El prejuicio antcapitalista de los intelectuales americanos

El prejuicio antcapitalista de los intelectuales no es fenómeno exclusivo de este ni de aquel país. Pero en los Estados Unidos se manifiesta con carácter más general y agrio. Para explicar este hecho, en apariencia sorprendente, preciso es detenerse en el examen de esa institución llamada *la sociedad; le monde*, en francés.

Tal sociedad abarca, en Europa, a cuantos destacan. Los estadistas y líderes parlamentarios, los ministros y subsecretarios, los propietarios y directores de los principales diarios y revistas, los escritores famosos, hombres de ciencia, artistas, actores, músicos, ingenieros, abogados y médicos de fama forman, junto con distinguidos hombres de negocios y descendientes de patricias familias, la buena sociedad. Todos ellos se relacionan en cocktails y comidas, fiestas de caridad, presentaciones en sociedad y salones de arte; frecuentan los mismos restaurantes, hoteles y lugares de esparcimiento. Se complacen conversando de asuntos intelectuales, moda que, nacida en la Italia del Renacimiento, fue perfeccionada al calor de los salones de París, siendo después exportada a las principales ciudades de la Europa central y occidental. Las nuevas ideas encontraban allí un primer eco, antes de influir en círculos más amplios. No se puede estudiar la historia de las bellas artes y la literatura del siglo XIX

sin percatarse del papel desempeñado por la sociedad, al estimular o desanimar a artistas, músicos y escritores.

De acceso a la repetida sociedad europea gozaba quien quiera, en cualquier actividad, hubiera sobresalido. El ingreso resultaba tal vez facilitado a los ricos o a los de sangre distinguida. Pero ni el dinero ni el linaje otorgaban a nadie prestigio particular frente a quienes habían triunfado en el área intelectual. Los astros de los salones parisienses no eran los millonarios, sino los miembros de la *Academie Française*. Los intelectuales ocupaban el primer plano; los demás procuraban aparentar, al menos, interés vivo por los problemas del intelecto.

Esta sociedad resulta, en cambio, desconocida en USA. La *society* yanqui prácticamente queda limitada a las familias más ricas. Insalvable abismo separa a los triunfantes hombres de negocios de los escritores, artistas y científicos de fama; entre ambos grupos apenas si existen contactos personales. Quienes figuran en el *Social Register* no se relacionan con quienes modelan la opinión pública, con los precursores de ideas que determinarán el futuro. La mayor parte de la buena sociedad americana ni se interesa por los libros ni por el pensamiento. Reúnese para jugar a las cartas, cotillear o hablar de deportes antes que de temas culturales. Pero incluso la *jet society* que lee y se cultiva, raramente comunica con científicos y artistas.

Cabe hallar histórica explicación a tal realidad. Ello no restaña, sin embargo, la herida de la intelectualidad. Los escritores, los estudiosos y los artistas americanos tienden a considerar al opulento hombre de negocios como un bárbaro, preocupado tan sólo por ganar dinero. El catedrático desprecia a aquellos de sus alumnos a quienes inquieta más el éxito del equipo universitario que el triunfo científico, considerándose vejado al advertir que posible entrenador de fútbol gane más que eminente filósofo. Los investigadores, quienes continuamente mejoran los métodos de producción, odian a los empresarios, a los que acusan de sólo atender las consecuencias monetarias de su labor estudiosa. Significativo es que haya tantos socialistas y comunistas entre los físicos actuales. Para agravar aún más las cosas, resulta, de un lado, que tales científicos terminantemente se

oponen a estudiar doctrina económica alguna y, de otro, que todos los profesores a quienes abordan les aseguran de la íntima malignidad de un sistema económico basado en el lucro y en el personal beneficio.

Siempre que una clase social se aísla del resto de la nación y, sobre todo, de los mentores intelectuales, como hace la sociedad americana, deviene blanco de crítica. El aislacionismo de los americanos ricos, en cierta manera, les condena al ostracismo. Se precian ellos de constituir casta distinguida, pero la verdad es que los demás así no lo entienden. Su buscada segregación les separa, encendiendo animosidades que impelen a la intelectualidad a abrazar tendencias anticapitalistas.

7. El resentimiento de los empleados de oficina

El trabajador de corbata, además de la común animadversión contra el capitalismo, padece de dos espejismos peculiares a su categoría laboral.

Tras una mesa de trabajo, escribiendo y anotando cifras, tiende, por un lado, a sobrevalorar la propia trascendencia. Al igual que su jefe, redacta notas y estudia ajenos escritos; mantiene conversaciones con unos y otros; celebra conferencias telefónicas. Engreído, equipara su actividad con la empresarial, convencido de que forma parte de la élite rectora. Desprecia al tiznado operario de callosa mano; él es un «trabajador intelectual». Por eso se enfurece cuando comprueba que muchos trabajadores manuales ganan más que él, teniéndoseles en mayor aprecio. El capitalismo, evidentemente, no reconoce el «verdadero» valor del trabajo «cerebral», sobreestimando, en cambio, la faena meramente muscular de seres «ineducados».

El oficinista se desorienta y vuelve la espalda a la realidad, por aquella ya trasnochada distinción entre el trabajo de papel y pluma y la labor física. No advierte que su administrativa actividad se reduce a cometidos rutinarios, que exigen escasa preparación, mientras aquellos otros menospreciados obreros, a quienes envidia, son los mecánicos y técnicos altamente especializados, que manejan las complicadas máquinas y útiles de la industria moderna. La incapacidad y falta de perspicacia del interesado queda así de manifiesto.

Por otro lado, al igual que a los titulados, también mortifica a nuestro administrativo la visión de quienes, dentro de su mismo grupo, sobresalieron. Comprueba que compañeros de oficina, iguales cuando empezaron todos a trabajar, han ascendido, mientras relativamente él se retrasaba. Tan sólo ayer, Pablo era de su misma categoría; hoy tiene, en cambio, un cargo mejor, generosamente retribuido, pese a valer menos que él. Pablo, evidentemente, debe su ascenso a torpes maquinaciones, única manera de prosperar bajo el injusto sistema capitalista, raíz de todos los males y miserias, según proclaman libros y revistas y repiten políticos e intelectuales.

La descripción que, en su ensayo más popular, hace Lenin del «control de la distribución y de la producción» refleja exactamente la petulancia de los empleados y su errónea creencia de que los trabajos subalternos pueden equipararse a la actividad empresarial. Ni Lenin ni la mayoría de sus camaradas revolucionarios quisieron nunca analizar cómo, en realidad, funciona la economía de mercado. Del capitalismo sólo sabían que Marx lo había calificado como el peor de todos los males; ellos eran revolucionarios profesionales; la subversión constituía su meta; lo demás no les interesaba. Desconocían otras rentas que las de los fondos del partido, fondos que se nutrían, en una mínima parte, de voluntarias aportaciones, mientras el grueso provenía de coacciones, chantajes y «expropiaciones violentas».

Hubo, desde luego, compañeros revolucionarios quienes, antes de 1917, exiliados en Europa central y occidental, desempeñaron ocasionalmente rutinarios empleos mercantiles. Pero lo único que Lenin sabía de la actividad empresarial derivaba de esta experiencia de simples empleados, rellenando impresos, copiando cartas, anotando cuentas y archivando papeles.

Lenin, sin embargo, sí veía que era diferente la función empresarial de la labor realizada por «los ingenieros, peritos y demás personal técnico preparado»; estos especialistas, bajo el capitalismo, se limitan a cumplir las ordenes recibidas de los poseedores; bajo el socialismo —seguía pensando Lenin— se atenderán a lo que los «trabajadores armados» les manden. La función de capitalistas y empresarios quedaba reducida a «controlar la

producción y la distribución del trabajo y las mercancías». Aquí es donde quedaba corto el razonamiento porque hay más; bajo la égida del mercado, la actividad empresarial exige determinar cuál sea la manera mejor de combinar los diversos factores de producción disponibles, de suerte que, en cada momento, resulten atendidas, en la mayor medida posible, las necesidades de los consumidores, o sea, resolver qué debe producirse, en qué cuantía y de qué calidad.

Lenin no empleaba, desde luego, en este sentido el término «controlar». No percibía, como auténtico marxista que era, los problemas de la actividad productora bajo cualquier imaginable sistema social; olvidaba la escasez de los factores de producción disponibles; la incertidumbre de las futuras apetencias de los consumidores; la necesidad de decidir, entre la fantástica multiplicidad de procedimientos mecánicos que permiten producir una mercancía, aquel que menos oneroso resulte, para así no perturbar, en lo posible, la obtención de otros bienes también apetecidos.

En los escritos de Marx y Engels no se encuentra la menor inferencia a tales cuestiones, y por eso lo único que Lenin dedujo de los parciales relatos que le hacían aquellos camaradas ocasionalmente ocupados en despachos y oficinas acerca del funcionamiento de la empresa mercantil era que su mecánica exigía muchos papeles, fichas y números. Por ello, afirmaba que «la contabilidad y el control» son esenciales para la organización y el correcto funcionamiento de la sociedad. Pero «la contabilidad y el control» habían sido compendiados por el capitalismo hasta el máximo, convirtiéndose en operaciones extraordinariamente simples, fáciles, sencillas, consistentes en vigilar, registrar y documentar, cosas al alcance de quien quiera supiera las cuatro reglas, leer y escribir.

La filosofía del empleado de oficina es esa misma.

8. El resentimiento de los parientes

El incesante proceso del mercado tiende a encomendar la administración de los factores de producción a los más eficientes.

Las grandes fortunas, reunidas a base de haber sabido sus poseedores proveer, de la mejor manera posible, las necesidades más urgentemente sentidas por el público se diluyen y desaparecen tan pronto como el empresario se desvía de esa su esencial misión. No es insólito que el creador de un importante acervo mercantil vea cómo su imperio comienza a desmoronarse al decrecer la energía y vitalidad personal; cuando la edad disminuye la propia agilidad para adaptarse a las siempre cambiantes estructuras del mercado. Son, sin embargo, más frecuentemente, los sucesores quienes, con su indolencia y vanidad, dilapidan las riquezas acumuladas; si, pese a su evidente incapacidad, perviven y no se arruinan, es porque instituciones y medidas políticas de signo anticapitalistas les protegen. En el mercado, para mantener las fortunas hay que diariamente volverlas a ganar, en dura competencia con todo el mundo; no sólo con las empresas consagradas, sino, sobre todo, con nuevos y audaces contrincantes, siempre renovados, ansiosos de asaltar ajenas posiciones. Quienes rehuyen la palestra mercantil, los desmedrados herederos de anteriores capitanes de la industria, prefieren adquirir valores públicos,

buscando la protección del Estado ante los peligros de los eventos mercantiles^[3].

Hay, en cambio, familias donde las excepcionales condiciones requeridas para el éxito empresarial se han transmitido a lo largo de generaciones. Algunos de los hijos, nietos o incluso bisnietos igualan y aun superan al fundador. La riqueza no se disipa; se acrecienta. Estos casos, naturalmente, no son frecuentes y llaman la atención, no sólo por su rareza, sino además por cuanto quienes saben ampliar y mejorar el heredado negocio gozan de doble prestigio: el que sus antecesores merecieron y el que ellos mismos consiguieron. Denominando, con intención peyorativa, patricios a tales personas, quienes no saben distinguir entre una sociedad estamental y jerarquizada y una sociedad capitalista olvidan que se trata de gentes de esmerada educación, gusto refinado y elegancia personal, pericia y laboriosidad. Individuos acaudalados en el país e incluso en el mundo.

Conviene nos detengamos, un momento, en el análisis de este fenómeno a cuyo amparo se urden muchas maquinaciones y propagandas anticapitalistas.

Las cualidades empresariales, incluso en esas familias cuya opulencia perdura, no son heredadas por todos los descendientes. Uno o, a lo sumo, un par de personas de cada generación gozan de las virtudes necesarias y es a ellos a quienes conviene confiar la gestión de las operaciones familiares, si se des a que la casa progrese. Los demás parientes se limitan a cobrar dividendos. El dispositivo formal, según sean las normas legales de cada país, varía, pero el resultado final permanece siempre el mismo: separar a la familia en dos categorías: la de los dirigentes y la de los dirigidos.

Integran el segundo grupo, por lo general, personas estrechamente emparentadas con los que podríamos denominar jefes, es decir hermanos, primos, sobrinos y, aún más a menudo, hermanas, viudas y esposas en general. Esta segunda categoría de parientes se lucra con la rentabilidad de la empresa, si bien sus integrantes desconocen la vida del negocio y no saben de los problemas que resuelve a diario el pariente empresario. Fueron educados en colegios e internados de lujo, cuya atmósfera estaba saturada de altanero desprecio contra los filisteos preocupados sólo por ganar dinero.

Algunos de ellos no piensan más que en diversiones; apuestan y juegan; van de fiesta en fiesta, en costoso libertinaje. Otros se dedican, como meros aficionados, a la pintura, a la literatura otras artes. La mayor parte lleva, pues, una vida ociosa e inútil.

Pero seamos justos; siempre hubo excepciones. La fecunda ejecutoria de algunos de ellos ampliamente compensa la conducta escandalosa de juerguistas y derrochadores. Muchos eminentes estadistas, escritores y eruditos fueron distinguidos caballeros sin ocupación. Libres de la necesidad de ganarse la vida, emancipados de coacciones sociales, desarrollaron fecundos y nuevos idearios; otros convirtiéronse en mecenas, sin cuyo concurso financiero y moral, renombrados artistas no hubieran podido realizar su labor creadora. Los hombres de dinero desempeñaron un gran papel en la evolución intelectual y política de la Gran Bretaña, como todo el mundo sabe, a lo largo de los últimos doscientos años, mientras en Francia fue le monde, la «buena sociedad», el ambiente que permitió vivir y prosperar a los escritores y artistas del siglo XIX.

Pero no nos interesa, ahora, ni la frivolidad de unos ni las meritorias actuaciones de otros. Lo que conviene aquí destacar es el papel que ciertos parientes desempeñan en la difusión de doctrinas tendentes a destruir la economía de mercado.

Muchos de ellos parten de la base psicológica de haber sido estafados por los dirigentes. Reciben siempre poco en la distribución y los jefes demasiado, tanto si las correspondientes normas derivan de disposiciones testamentarias como si fueron libremente pactadas entre los interesados.

Desconocedores de la mecánica de los negocios y del mercado, se hallan convencidos —como Marx— de que el capital, automáticamente, «engendra beneficio». No saben leer un balance ni una cuenta de pérdidas y ganancias; ignoran por qué han de ganar más quienes ordenan y dirigen la firma. Torpes en exceso, malician siempre aviesas intenciones por parte del jefe, quien no pensaría más que en privarles de sus heredadas posiciones. Por eso, continuamente se quejan y reclaman.

Los regentes, ante tal actitud, fácilmente pierden los estribos. Están orgullosos de los éxitos conseguidos sorteando todas las dificultades y

cortapisas que a las grandes empresas oponen el gobierno y las organizaciones sindicales; se hallan convencidos de que, a no ser por su eficiencia y celo, la fortuna familiar se habría derrumbado. Piensan que los parientes deberían proclamar tales méritos, reputando injustas y ultrajantes aquellas quejas.

Las disputas domésticas entre jefes y parientes afectan sólo a los miembros del clan. Pero cobran trascendencia general cuando los segundos, para molestar a los primeros, se pasan al campo anticapitalista, financiando toda clase de aventuras izquierdistas. Aplauden las huelgas, incluso cuando afectan a las fábricas de las que proceden sus propias rentas^[4]. Las revistas progresistas y los periódicos de izquierdas, en gran parte, se financian mediante generosas aportaciones de ciertos parientes, quienes dotan a universidades, colegios e instituciones para que lleven a cabo estudios sociales, patrocinando actividades de signo comunista. Como socialistas o bolcheviques de salón desempeñan un papel importante en el ejército proletario que lucha contra el funesto régimen capitalista.

9. El comunismo de Broadway y Hollywood

Las masas, cuyo nivel de vida ha elevado el capitalismo, abriéndoles las puertas al ocio, quieren distraerse. La multitud abarrota teatros y cines. El negocio del espectáculo es rentable. Los artistas y autores que gozan de mayor popularidad perciben ingresos excepcionales. Viven en palacios, con piscinas y mayordomos; no son, desde luego, prisioneros del hambre. Hollywood y Broadway, los centros mundiales de la industria del espectáculo, son, sin embargo, viveros de comunistas. Artistas y guionistas forman la vanguardia de todo lo prosoviético.

Varias explicaciones han sido formuladas para explicar el fenómeno. Casi todas ellas contienen una parte de verdad, Olvídase, no obstante, por lo general, la razón principal que impulsa a tan destacadas figuras de la escena y la pantalla hacia las filas revolucionarias.

Bajo el capitalismo, como tantas veces se ha dicho, el éxito económico es función del aprecio que el soberano consumidor conceda a la actuación del sujeto. En este orden de ideas, no hay diferencia entre la retribución que percibe por sus servicios el fabricante y las que, por los suyos, obtienen productores, artistas o guionistas. Pese a tal similitud, la apuntada realidad inquieta mucho más a quienes forman el mundo de las tablas que a quienes producen bienes tangibles. Los fabricantes saben que sus cosas se venden en razón a ciertas propiedades físicas. Confían en que el público continuará

solicitando tales mercancías mientras no aparezcan otras mejores o más baratas, ya que no parece probable varíen las necesidades que con estos artículos se satisfacen. Puede el empresario inteligente prever, hasta cierto punto, la posible demanda de tales bienes; y, con algún grado de seguridad, cábele contemplar el futuro. Pero ya no sucede lo mismo en el terreno del espectáculo. La gente busca diversiones porque se aburre; pero nada hasta tanto al espectador como lo reiterativo; cambios, variedades, resultan imprescindibles; se aplaude lo novedoso, lo inesperado, lo sorprendente. El público, caprichoso y versátil, desdeña hoy lo que ayer adoraba. Por eso, a la escena y a la pantalla atemoriza tanto la volubilidad de quienes, en taquilla, pagan. La gran figura amanece un día rica y famosa; mañana, en cambio, puede hallarse relegada al olvido; le atribula la ansiedad de que su futuro enteramente depende de los caprichos y antojos de una muchedumbre sólo ansiosa de diversiones. Teme siempre, como el célebre constructor de Ibsen, a los nuevos competidores; a la vigorosa juventud que, un día inexorable, por desgracia, le arrumbará.

Difícil resulta, desde luego, acallar tamaña inquietud. Quienes la padecen se agarran a cualquier ilusión, por fantástica que sea. Llegan incluso a creer que el comunismo les liberará de tanta tribulación. ¿No dicen, acaso, que el colectivismo hará a todo el mundo feliz? Escritores eminentes ¿no proclaman a diario que el capitalismo constituye la causa de todos los males y que, en cambio, el laboralismo remediará cuantas desgracias hoy abruma al trabajador? Si actores y artistas, con tanto ahínco, cuanto tienen dan, ¿por qué no debe considerárseles a ellos trabajadores también?

Cabe afirmar, sin temor a caer en falsedad, que ninguno de los comunistas de Hollywood y Broadway examinó jamás los textos teóricos del socialismo; y menos aún se preocupó de echar ni un vistazo siquiera a los tratados de economía de mercado. Precisamente por esto, todas esas *glamour girls*, bailarinas y cantantes, todos esos guionistas y directores, que tanto pululan, ilusionan pensando que sus particulares cuitas quedarán remediadas tan pronto como los expropiadores sean expropiados.

Hay quienes responsabilizan al capitalismo de la estupidez y zafiedad de la industria del espectáculo. No discutamos ahora el fondo del tema. Conviene, en cambio, resaltar aquí que ningún otro sector apoyó al comunismo con mayor entusiasmo que quienes precisamente intervienen en tan necias exhibiciones. Cuando el futuro historiador de nuestra época pondere aquellos significativos detalles a los que Taine tanto valor concedía, no dejará de notar el decisivo impulso que el izquierdismo americano recibió de, por ejemplo, la mundialmente famosa cabaretera popularizadora del striptease, la que iba desnudándose, prenda a prenda, ante el público.

II

LA FILOSOFÍA SOCIAL DEL HOMBRE CORRIENTE

1. El capitalismo como es y como lo ve el hombre de la calle

La aparición de la economía, ciencia nueva, independiente, y dispar de todas las demás disciplinas hasta entonces cultivadas, constituyó uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la humanidad. La flamante ciencia económica, en el transcurso de escasas generaciones, provocando el advenimiento del orden capitalista, transformó los asuntos humanos en grado mayor que ningún otro cambio acaecido durante los diez mil años anteriores. Los ciudadanos de un país capitalista, desde que nacen hasta que mueren, disfrutan de portentosas ventajas, producto exclusivo de esa manera de pensar y actuar inherente a dicho ordenamiento social.

Lo más asombroso de esta singular mutación estriba en que fue llevada a cabo por un muy corto número de escritores e investigadores y unos cuantos estadistas que habían asimilado las enseñanzas de los primeros. No sólo las indolentes multitudes, sino incluso la mayor parte de aquellos empresarios que llevaron a la práctica los principios del *laissez faire*, jamás comprendieron la mecánica interna del sistema. Aun en el apogeo del liberalismo, pocos se percataron de cómo, en realidad, operaba la economía de mercado. La civilización occidental adoptó el capitalismo por el exclusivo influjo de una reducida élite.

Hubo, durante las primeras décadas del siglo XIX, personas quienes, comprendiendo la inferioridad que para ellos suponía el no conocer a fondo los temas económicos, procuraron remediarla. En los años comprendidos entre Waterloo y Sebastopol, los libros más solicitados en la Gran Bretaña fueron los tratados de economía. Pero la moda pasó de pronto. El tema resultaba poco ameno para el público lector.

Ello se comprende por cuanto la economía, de un lado, se diferencia absolutamente de las ciencias naturales y de la investigación técnica y, de otra, guarda tan poca similitud con la historia y el derecho que, por su extrañeza, repugna al principiante. Quienes se hallan habituados a recurrir, para la investigación científica, a laboratorios, bibliotecas y archivos se inquietan al tropezarse con la singularidad heurística de la economía, singularidad que, desde luego, sobrecoge a la fanática estrechez de miras del positivista.

Desearían, evidentemente, todos éstos hallar en los libros de economía razonamientos coincidentes con su preconcebida imagen epistemológica de la ciencia; quisieran creer que los temas económicos pueden abordarse por las vías de investigación de la física o la biología. Cuando advierten que, en economía, por ahí no es posible progreso alguno, quedan desconcertados y desisten de abordar seriamente unos problemas cuyo análisis requiere singular tratamiento mental.

A consecuencia de tal epistemológica ignorancia, el progreso económico lo atribuyen normalmente a los adelantos de la técnica y de las ciencias físicas. Creen en la existencia de un automático impulso que haría progresar a la humanidad. Tal tendencia —piensan— es irresistible, consustancial al destino del hombre, y opera continuamente, cualquiera que sea el sistema político y económico prevalente. No existe, para ellos, relación de causalidad alguna entre el pensamiento económico que prevaleció en Occidente a lo largo de las dos últimas centurias y los enormes progresos, al tiempo, conseguidos por la técnica. Tal progreso no sería, pues, consecuencia del liberalismo, el librecambismo, el *laissez faire* o el capitalismo; se habría producido inexorablemente bajo cualquier organización social imaginable.

Las doctrinas marxistas sumaron partidarios precisamente porque prohijaron esta popular creencia, vistiéndola con un velo pseudofilosófico grato tanto al espiritualismo hegeliano como al crudo materialismo. Según Marx, las fuerzas productivas materiales constituyen sobrehumana entidad, independiente de la voluntad y la acción del hombre; siguen el curso que les marcan leyes inescrutables e insoslayables, emanadas de ignoto poder superior; mudan de orientación misteriosamente, obligando a la humanidad a readaptar el orden social a tales cambios, rebelándose cuando cualquier poder humano pretende encadenarlas. La historia esencialmente no es otra cosa que la pugna de las fuerzas productivas por liberarse de opresoras trabas sociales.

En épocas pasadas —arguye Marx— las fuerzas de producción se centraban en el molino a brazo, entronizándose el feudalismo como sistema social. Cuando más adelante las insondables leyes fatales que determinan la evolución de las fuerzas productivas sustituyeron el molino a brazo por el molino a vapor, el feudalismo tuvo que dar paso al capitalismo. Desde entonces las fuerzas productivas han continuado evolucionando y su forma actual exige, imperativamente, la sustitución del capitalismo por el socialismo. Los que intentan detener la revolución socialista están condenados al fracaso. Es imposible contener el proceso histórico.

Las ideas de los llamados partidos izquierdistas difieren unas de otras en muchos aspectos, pero coinciden en un punto: en considerar que el constante progreso material constituye automático proceso. El sindicalista americano considera natural el nivel de vida que disfruta. El destino le ha proporcionado comodidades negadas a los más ricos de anteriores generaciones e inalcanzables aun para quienes quedan fuera de la órbita americana. Pero, ello no obstante, jamás se pregunta el yanqui medio si el rudo individualismo del mundo capitalista pudo tener algo que ver con el nacimiento de lo que él denomina el sistema americano de vida, *the american way of life*. Considera, por el contrario, que en los patronos encarnan las injustas pretensiones de los explotadores, deseosos siempre de despojarle de lo que por legítimo derecho le corresponde. La evolución histórica —piensa— provoca de modo fatal un aumento continuo de la

productividad del trabajo. Es evidente que, en justicia, sólo él tiene derecho a beneficiarse de los frutos resultantes. Gracias a su actividad, se incrementa la cuota de bienes producidos comparativamente al número de obreros empleados, lo cual es cierto, si bien ello acontece sólo por cuanto opera bajo un régimen capitalista.

Porque esa alza en la llamada productividad del trabajo se debe a las mejores máquinas y herramientas disponibles. Un centenar de trabajadores produce, por unidad de tiempo, en una fábrica moderna, mucho más de lo que el mismo número de obreros solía elaborar en los artesanales talleres precapitalistas. Tal mejora no se debe, desde luego, a la mayor destreza, competencia o esmero del trabajador (la pericia del obrero medieval, por ejemplo, era muy superior a la de muchos productores modernos), sino al empleo de máquinas y herramientas más eficaces, instaladas gracias a nuevos capitales acumulados y correctamente invertidos.

Marx utilizó en sentido peyorativo las palabras capitalismo, capital y capitalistas, como lo hace todavía hoy la mayoría, incluso los órganos oficiales de propaganda del gobierno de los Estados Unidos. Tal despectiva terminología refleja, no obstante, con entera justeza, el factor principal que engendró las maravillas de las dos últimas centurias, es decir, la elevación sin precedentes del nivel de vida de una población en continuo crecimiento. La única diferencia existente entre las condiciones de trabajo que hoy prevalecen en los países capitalistas, con respecto a las que allí regían en la era precapitalista y aún imperan fuera del área occidental, consiste en la distinta capitalización. Porque ningún adelanto técnico cabe implantar si previamente no ha sido ahorrado el correspondiente capital. Tan sólo el ahorro, la acumulación de nuevos medios productivos, ha permitido sustituir, paulatinamente, la penosa búsqueda de alimentos a que se hallaba obligado el primitivo hombre de las cavernas por los modernos métodos de producción. Tan trascendental mutación fue posible gracias al triunfo de aquellas ideas que, basadas en la propiedad privada de los medios de producción, proporcionaron garantía y seguridad a la acumulación de capitales. Todo avance por el camino de la prosperidad es fruto del ahorro. Los más ingeniosos inventos resultarían inútiles, en la práctica, si los

factores de capital precisos para su explotación no hubieran sido previamente acumulados mediante el ahorro.

Los empresarios invierten el capital, ahorrado por terceros, con miras a satisfacer del modo mejor las más urgentes y todavía no atendidas necesidades de los consumidores. Al lado de los técnicos, dedicados a perfeccionar los métodos de producción, desempeñan, después de quienes supieron ahorrar, un papel decisivo en el progreso económico. El resto de los hombres no hace más que beneficiarse de la actuación de estos tres tipos de adelantados. Cualquiera que sea su actividad, el hombre de la calle no pasa de ser simple beneficiario de un progreso al que en nada contribuyera.

La nota característica de la economía de mercado consiste en beneficiar a la inmensa mayoría, integrada por hombres comunes, con una participación máxima en las mejoras derivadas del actuar de las tres clases rectoras, integradas por los que ahorran, los que invierten y los que inventan métodos nuevos para la mejor utilización del capital. El incremento individualmente considerado de este último eleva, de un lado, la utilidad marginal del trabajo (los salarios) y, de otro, abarata las mercancías. El mecanismo del mercado permite al consumidor disfrutar de ajenas realizaciones, obligando a los tres aludidos círculos dirigentes de la sociedad a servir a la inerte mayoría de la mejor manera posible.

Cualquiera puede formar parte de aquellos tres grupos impulsores del progreso social. No constituyen clases ni, menos aún, castas cerradas. El acceso es libre; ni exige autoritaria patente ni discrecional privilegio. Nadie puede vetar a nadie la entrada. Lo único que se precisa para convertirse en capitalista, empresario o descubridor de nuevos métodos de producción es inteligencia y voluntad. El descendiente del rico, a veces, disfruta de ciertas ventajas, por partir de puesto más conspicuo. Su posición, en la pugna mercantil, sin embargo, no por eso le resulta siempre mejor; antes al contrario, frecuentemente tiene que enfrentarse con situaciones enojosas y menos lucrativas que las de quienes saltan a la palestra sin lastre ni tradición alguna. Ha de reorganizar aquél, una y otra vez, los negocios heredados para ajustarlos a los cambios del mercado; así, los problemas que se plantearon, en las últimas décadas, a los herederos de los imperios

ferroviarios, problemas ciertamente más espinosos que los que había de resolver el nuevo empresario cuando iniciaba el transporte automóvil o el tráfico aéreo.

La filosofía popular del hombre corriente deforma estas realidades del modo más lamentable. Juan Pérez se halla convencido de que las nuevas industrias, gracias a las cuales disfruta de una vida cómoda que sus padres ni sospechaban, son obra de un ente mítico llamado progreso. La acumulación de capital, el espíritu empresarial y el ingenio técnico nada tienen que ver con una prosperidad que, en su opinión, surge por generación espontánea. El incremento y mejora de la producción —sigue pensando— tan sólo corresponde al elemento laboral. Ahora bien, por desgracia, en este valle de lágrimas, el hombre tiende a explotar a sus semejantes; los empresarios se llevan la parte del león, y al obrero manual, al creador de todas las cosas buenas —como dice el Manifiesto comunista—, no le dejan más que «lo indispensable para que sobreviva y se reproduzca». Por consiguiente, «el obrero moderno, lejos de prosperar gracias al progreso de la industria, se hunde cada vez más en la miseria... Se transforma en mendigo y el pauperismo aumenta con mayor rapidez que la población y la riqueza». Los autores que así describen el sistema capitalista son considerados en las universidades como los mayores filósofos y bienhechores de la humanidad y sus enseñanzas de forma reverencial las escuchan millones de personas en cuyos hogares, aparte de otras comodidades, se disfruta de aparatos de radio y televisión.

La peor explotación —aseguran aquellos universitarios, los líderes obreristas y los políticos— es la que provoca la gran industria capitalista. No ven que la característica fundamental de esas grandes empresas es la producción en masa para satisfacer necesidades de las masas. No advierten que, bajo el sistema capitalista, son los propios obreros quienes, directa o indirectamente, consumen la enorme producción de las tan temidas multinacionales.

Solía mediar, en los primeros días del capitalismo, prolongado lapso temporal antes de que las masas pudieran disfrutar de las innovaciones y mejoras. Certeramente apuntaba Gabriel Tarde, hace unos sesenta años, que

cualquier innovación industrial constituía, primero, un capricho de la minoría y sólo más tarde se convertía en generalizada necesidad; lo que comenzaba siendo mera extravagancia se transformaba luego en bien de uso común. Esto, con el automóvil, todavía sucedió. Pero la producción en gran escala ha reducido y casi eliminado el aludido retraso temporal. Los nuevos productos, para reportar beneficios, han de fabricarse en gigantescas series, lo que obliga a ponerlos en manos de las masas tan pronto como resultan disponibles. Así, por ejemplo, en los EE UU, no se registró ningún lapso apreciable en el disfrute por las muchedumbres de la televisión, las medias de nylon o la alimentación infantil enlatada. La gran industria desata igualitaria tendencia en los hábitos de consumo y de diversiones. La riqueza ajena, bajo la economía de mercado, a nadie empobrece; las grandes fortunas jamás provocan miseria; la riqueza de los pocos, antes al contrario, deriva de la satisfacción procurada a los muchos. Los empresarios, los capitalistas y los técnicos, bajo la égida del mercado, prosperan, como tantas veces se ha dicho, en tanto en cuanto consiguen aplacar, de la mejor manera posible, las apetencias de los consumidores.

2. El frente anticapitalista

Desde que se inició el movimiento socialista y se quiso dar nueva vida al ideario intervencionista propio de las épocas precapitalistas, ambas tendencias fueron objeto de la más viva repulsa por parte de los expertos en materia económica. Las ideas revolucionarias y reformadoras, en cambio, fueron acogidas de forma entusiasta por la inmensa mayoría de los ignorantes, a impulso de las dos pasiones más poderosas: la envidia y el odio.

La filosofía que preparó el terreno para la implantación del liberalismo, patrocinador de la libertad económica plasmada en la economía de mercado (capitalismo) y su corolario político, el gobierno representativo, no pretendía aniquilar las tres potestades tradicionales: la monarquía, la aristocracia y la iglesia. Los liberales europeos se proponían sustituir la monarquía absoluta por la parlamentaria, pero sin propugnar el gobierno republicano. Aspiraban a abolir los privilegios de la nobleza, pero no a despojarla de sus posesiones ni de sus títulos y grandezas. Ansiaban implantar la libertad de conciencia suprimiendo las persecuciones de disidentes y herejes y otorgar a todas las creencias completa libertad para la consecución de sus objetivos espirituales. Fue gracias a ello por lo que los tres grandes poderes del andén régimen pudieron pervivir. Cabía esperar que monarcas, aristócratas y eclesiásticos, tan tradicionalistas, se hubieran

opuesto enérgicamente al ataque desencadenado por el socialismo contra los principios básicos de la civilización occidental, máxime cuando los marxistas abiertamente proclamaban que su totalitarismo colectivista no toleraría la supervivencia de cuanto consideraban los últimos restos de la tiranía, el privilegio y la superstición.

Pero, incluso a tales privilegiados, la envidia y el resentimiento les cegó y disimuladamente procuraron respaldar las nuevas doctrinas, relegando al olvido, por un lado, que el socialismo pensaba confiscarles todos sus bienes y, por otro, que no es posible el libre ejercicio de la religión bajo un régimen totalitario. Los Hohenzollern implantaron en Alemania lo que un observador americano calificó de socialismo monárquico. La autocracia de los Romanoff se sirvió del sindicalismo para luchar contra las aspiraciones burguesas de implantar el gobierno representativo. Los aristócratas, virtualmente en todos los países europeos, acabaron colaborando con los enemigos del capitalismo. Teólogos eminentes, por doquier, pretendieron desacreditar el liberalismo económico, con lo que indirectamente apoyaban al socialismo y al intervencionismo. Algunos de los más conspicuos jefes del protestantismo actual —Barth y Brunner, en Suiza; Niebuhr y Tillich, en Estados Unidos, y el difunto arzobispo de Canterbury, William Temple, en Inglaterra— condenaron abiertamente el capitalismo e incluso achacaron los excesos del bolchevismo a supuestos fracasos del mercado.

Es posible que sir William Harcourt, hace sesenta años, se equivocara al proclamar entonces: «Todos somos socialistas». Pero, actualmente, gobernantes y políticos, profesores y escritores, ateos militantes y teólogos cristianos, salvo raras excepciones, todos coinciden en condenar la economía de mercado, alabando, por contra, la supuesta superioridad de la omnipotencia estatal. Las nuevas generaciones se educan en un ambiente preñado de socialismo.

Curioso resulta analizar por qué la gente apoya a los partidos socializantes. Se presupone que «natural y necesariamente» las personas de economía más débil habrían de respaldar los programas de izquierdas —dirigismo, socialismo, comunismo— mientras que tan sólo a los ricos

interesaría la pervivencia de la economía de mercado. Este modo de pensar acepta como incuestionables las dos tesis básicas del socialismo: que el sistema capitalista perjudica a la masa en beneficio tan sólo de los explotadores y que el socialismo mejorará el nivel de vida del hombre corriente.

Las gentes, sin embargo, no apoyan al socialismo porque sepan que ha de mejorar su condición, ni rechazan el capitalismo porque sepan que les perjudica. Se convierten al socialismo porque quieren creer que con él progresarán y odian al capitalismo porque quieren creer que les daña; en verdad, la envidia y la ignorancia ciegan a los más. Se niegan tercamente a estudiar economía y prescinden de la razonada impugnación que los especialistas hacen del sistema socialista; estiman que, tratándose de una ciencia abstracta, la economía carece de sentido. Pretenden fiarse sólo de la experiencia; pero, sin embargo, se resisten a aceptar un hecho experimental tan innegable cual es la incomparable superioridad del nivel de vida en la América capitalista comparado con el del paraíso soviético.

Al abordar el tema de los países económicamente atrasados, se suele incurrir en idénticos errores. Estos pueblos es lógico simpaticen con el comunismo, precisamente por hallarse sumidos en la miseria. Nadie duda que las naciones pobres desean acabar con sus penurias; pero, siendo ello así, lo que deberían hacer es adoptar el sistema que mejor conduce a tal objetivo: el capitalismo. Desorientados los habitantes de tales países, sin embargo, por falaces ideas anticapitalistas, miran con buenos ojos al comunismo. Paradójico, en verdad, resulta que los gobernantes de los pueblos orientales, pese a envidiar la prosperidad occidental, rechacen el sistema que enriqueció a Occidente, cayendo bajo el hechizo del comunismo soviético causante de la pobreza de los rusos y de todos sus satélites. Todavía mayor extrañeza causa al observador neutral el que los americanos, quienes en mayor grado se benefician de los frutos de la gran industria capitalista, exalten el sistema soviético y consideren «muy natural» que las naciones pobres de Asia y África prefieran el comunismo al capitalismo.

Cabe discutir si es o no conveniente que todo el mundo estudie economía en serio. Ahora bien, existe un hecho cierto: quien habla o escribe acerca del capitalismo y del socialismo, sin conocer a fondo las verdades descubiertas por la ciencia económica, es un irresponsable charlatán.

III
LA LITERATURA BAJO
EL CAPITALISMO

1. El mercado de los productos literarios

Todos y cada uno podemos, bajo el capitalismo, emprender aquellas iniciativas, aquellos proyectos, que nos consideramos capaces de desarrollar. La sociedad feudal o estamental, en cambio, impone a sus miembros invariables actividades rutinarias y no permite que nadie se desvíe de lo tradicional. El capitalismo estimula la innovación; cualquier perfeccionamiento de los sistemas de producción lleva aparejado el lucro consiguiente; quienes se aferran perezosamente a métodos periclitados sufren pérdidas patrimoniales; aquel que estima hacer algo mejor que los demás no tropieza con cortapisa alguna para poner de manifiesto tal particular habilidad.

Esa libertad, sin embargo, tiene sus limitaciones. Hállase condicionada, como fruto que es de la democracia del mercado, por el aprecio que a los soberanos consumidores les merezca la correspondiente actuación. El mercado prescinde de si una obra es *per se* «buena» o «mala»; exclusivamente reconoce valor a aquello que un número suficiente de clientes estima interesante. Si el público comprador es torpe y no aprecia debidamente el interés que cierto producto encierra, por excelente que sea, de nada servirán ni las fatigas, ni el tiempo, ni los gastos en su obtención incurridos.

La esencia del capitalismo radica —una y otra vez lo hemos dicho— en ser un sistema de producción en masa para la satisfacción de las necesidades de la masa. Vierte sobre el hombre común un cuerno de abundancia. Eleva el nivel medio de vida a alturas que épocas anteriores no podían ni imaginar, habiendo puesto al alcance de millones de personas comodidades que hace poco eran asequibles sólo a reducidas élites.

Ejemplo notable lo ofrece el mercado de los libros; la literatura —utilizando el término en su sentido más amplio— constituye hoy una mercancía solicitada por millones de seres. La gente lee periódicos, revistas y libros, escucha las emisiones radiofónicas y abarrota teatros y cines. Los autores, productores y actores que satisfacen los deseos del público obtienen ingresos considerables. Dentro del sistema social basado en la división del trabajo, aparece un nuevo grupo, compuesto por los literatos, es decir, gentes que se ganan la vida escribiendo. Estos autores venden sus obras en el mercado por los mismos cauces que otros especialistas colocan las suyas respectivas. Quedan, pues, integrados, a título de escritores, en la cooperación social del mercado.

El escribir, antes del capitalismo, constituía arte poco o nada remunerativo. Herreros y zapateros podían vivir de su oficio; los literatos, en cambio, no. El manejo de la pluma era un arte liberal, posiblemente un pasatiempo, pero nunca específica profesión; noble quehacer de la gente rica, de reyes, aristócratas y gobernantes, patricios y caballeros que podían vivir sin trabajar; a ratos perdidos, escribían obispos y frailes, universitarios y militares. El hombre sin dinero, que sentía el irresistible impulso de emborronar páginas, había de asegurarse antes supletoria fuente de ingresos. Spinoza pulía lentes; los dos Mills, padre e hijo, trabajaban, a diario, en la londinense Compañía de Indias. Pero la mayor parte de los escritores pobres vivían de la generosidad de opulentos protectores de las artes y las ciencias. Reyes y príncipes rivalizaban en prestar apoyo a poetas y escritores. Las cortes eran el refugio de la literatura.

El sistema, aunque mentira parezca, permitía a aquellos autores expresar sus ideas con casi entera libertad. Los mecenas no imponían ideas específicas en materias filosóficas, estéticas o éticas a quienes protegían, ni

siquiera las propias; y, con valor y empeño, ampararon, frecuentemente, a esos sus dependientes contra la ira de las autoridades eclesiásticas. Es más; el artista desterrado de una corte podía fácilmente acogerse a cualquiera otra comitiva rival.

La visión de filósofos, historiadores y poetas, pululando entre cortesanos, soldados y meretrices, dependiendo exclusivamente de los favores del déspota, hiere, sin embargo, nuestra moderna sensibilidad. Por eso la aparición de un mercado propio para la producción literaria fue saludada con entusiasmo por los viejos liberales; se estaba liberando a los pensadores de las cadenas de la servidumbre; iban a prevalecer, en adelante, los idearios mejores, los de las gentes de mayor preparación y cultura. ¡Qué futuro más maravilloso! Amanecía una nueva edad de oro.

2. El éxito en el mercado de los libros

Aurora tan rosada, sin embargo, conllevaba también sus riesgos.

La literatura no es conformismo, sino disentimiento. Quienes sólo repiten lo que todo el mundo aprueba y desea escuchar pasan sin dejar huella. Cuenta únicamente el innovador, el disidente, el heraldo de cosas nunca oídas; aquel que rehuye los cauces tradicionales y pretende sustituir las ideas y los valores viejos por conceptos nuevos. Antiautoritario y antigubernamental, por definición, queda emplazado ante la mayoría de sus contemporáneos. Y éstos, consecuentemente, pocos libros, por desgracia, le comprarán.

Sea cual fuere el juicio que Marx y Nietzsche nos merezcan, reconozcamos que avasallador fue su éxito póstumo.

Ambos, no obstante, hubieran muerto de hambre de contar sólo con los correspondientes derechos de autor. El disconforme, el rebelde que se opone a la filosofía en boga, parca retribución espere de sus escritos.

Prevalecen, en el mercado, las novelas cuyos temas agradan a las masas. No es que los compradores prefieran siempre la literatura mala; llegan a leer, a veces, por carecer de sentido crítico, incluso libros buenos. Cierto que la mayor parte de las actuales narraciones y obras teatrales carecen de mérito; pero no cabría esperar otra cosa cuando anualmente se lanzan al mercado miles de títulos. Nuestra época podría un día ser calificada de edad

de oro de la literatura con que sólo un 0,1 por ciento de lo que se edita fuera de la categoría de las grandes obras del pasado.

Muchos críticos se complacen en achacar al capitalismo la supuesta decadencia de la literatura. Quizás deberían más bien culpar a su propia incapacidad para separar el trigo de la paja. ¿Son ellos más inteligentes que sus predecesores de hace un siglo? Hoy, por ejemplo, todos colman de elogios a Stendhal, pero cuando, en 1842, moría, no era más que un pobre escritor oscuro e incomprendido.

El capitalismo ha hecho a las masas tan prósperas que todos los días compran periódicos, libros y revistas; lo que no les ha podido procurar es el buen juicio de un Mecenas o un Can Grande della Scala. Injusto sería culpar al *laissez faire* de que el hombre adocenado, hoy como ayer, sea incapaz de apreciar el recóndito valor de las obras geniales.

3. Observaciones sobre las novelas policíacas

Precisamente cuando el impulso anticapitalista cobraba una violencia ya, al parecer, irresistible, nuevo género literario —la novela policíaca— tomaba cuerpo. La misma generación británica cuyos votos llevaron al poder de manera avasalladora al laborismo se extasiaba con los escritos, por ejemplo, de Edgar Wallace. G.D.H. Colé, gran teórico del socialismo británico, también cultiva la novela policíaca. Todo marxista consecuente debería considerar ésta —quizás junto con las películas de Hollywood, los comics y el striptease— la superestructura artística de la época del sindicalismo y la socialización.

Muchos historiadores, sociólogos y psicólogos han tratado de explicar la popularidad de tan extraño género. El más profundo de tales estudios es el del profesor W.O. Aydelotte, quien acertadamente destaca el interés psicológico, a efectos históricos, de dichas narraciones, que con rigor reflejan los sueños e imaginaciones de las gentes, lo cual permite disecar el alma de la masa. Destaca cómo identificase el lector con el detective, tendiendo a hacer de éste una prolongación del propio ego

El hombre frustrado, que no alcanzó la posición ambicionada, puede ser uno de tales lectores. Busca, según ya antes decíamos, consuelo en la supuesta injusticia del régimen capitalista; si fracasó, fue a causa de su honradez y correcto proceder; quienes, en cambio, triunfaron, consiguieron

el éxito deshonestamente, recurriendo a malas artes, que él, hombre puro y de conciencia, siempre repudió. ¡Si la gente supiera cuán desvergonzados son estos arrogantes advenedizos! Sus crímenes, por desgracia, generalmente, quedan impunes; buenos padrinos les amparan; gozan de innmerceda reputación. Pero él sabrá desenmascararlos poniendo de manifiesto la íntima perversidad de tales seres.

El argumento típico de la novela policíaca es éste: un individuo, al que todo el mundo considera respetable e incapaz de jamás hacer daño, ha cometido, sin embargo, abominable crimen. Nadie sospecha. Pero hay un inteligentísimo sabueso, difícil de engañar, quien ha tenido, por desgracia, que conocer de cerca a muchos hipócritas santurrones; y, gracias a su sagacidad, logra, una vez más, salir triunfante, pues sabe pacientemente acumular pruebas intachables, a cuyo amparo logra siempre llevar, convictos y confesos, ante la justicia, a innumerables bergantes, haciendo invariablemente que, al final, prevalezca la buena causa,

El desenmascaramiento del criminal que pretende hacerse pasar por ciudadano respetable constituye tópico, estratagema, de disimulada tendencia antiburguesa, que no dudaron en aprovechar literatos del más elevado rango como, por ejemplo, Ibsen en *Los pilares de la sociedad*.

La novela policíaca empequeñece la tesis e introduce la figura banal del inteligente detective que humilla a quien tantos admiraban. Hay, en todo ello, un tufillo de odio subconsciente hacia el «burgués» afortunado. Con el sagaz detective contrastan, en cambio, los inspectores de policía; son torpes y engreídos en exceso para descifrar el enigma. Se les supone incluso, a veces, predispuestos, de modo inconsciente, en favor del culpable, cuya posición social les impresiona. El detective, sin embargo, logra superar tantas dificultades como la desidia de la policía le crea. Su triunfo supone tácita crítica de la autoridad burguesa que a tan obtusos funcionarios designa.

Tales papeles, por eso, tanto agradan a ciertos fracasados. (Hay, desde luego, otros muchos lectores que en modo alguno pertenecen al tipo descrito). Sueñan aquéllos, noche y día, en tomar venganza de sus competidores que triunfaron. Se deleitan imaginando al rival «esposado y

conducido ante el juez». Este género de novelas provoca a esos consumidores un morboso placer cuando se identifican con el detective, encarnando, en el acorralado delincuente, al rival que les superó .

4. La libertad de prensa

La libertad de prensa constituye señal típica de las naciones libres, El viejo liberalismo hizo de ella su caballo de batalla. Nadie consiguió oponer sólida objeción al razonamiento de los dos libros clásicos, *Areopagilica*, de John Millón, 1644, y *On Liberly*, de John Stuarl Mili, 1859. El poder editar sin tener que recurrir a previa licencia constituía, para todos, presupuesto básico de la libertad de expresión.

Pero sólo allí donde hay propiedad privada de los medios de producción puede haber prensa libre. Si el papel, las imprentas, etc., son, como sucede en la comunidad socialista, propiedad del gobierno, la libre expresión se esfuma. Las autoridades, en exclusiva, deciden quiénes tienen derecho a escribir y qué se vaya a editar y difundir. La propia Rusia zarista, comparada con la Unión Soviética, nos parece, ahora, un país de prensa libre. Cuando los nazis realizaron sus famosas quemas de libros, no hacían sino seguir las indicaciones de uno de los más celebrados autores socialistas: Cabet

Como quiera que todos los países avanzan hacia el socialismo, la libertad de prensa en nuestro mundo, poco a poco, va degradándose. Publicar un libro o un artículo cuyo contenido moleste al gobernante, a los grupos mayoritarios influyentes, entraña cada vez mayores riesgos. No se liquida aún al disidente como en la URSS, ni arden los manuscritos como

otrora en las hogueras de la Inquisición. Los viejos sistemas de censura fueron superados. Los partidos «progresistas» son más «modernos»; simplemente boicotean a aquellos escritores, editores, libreros, impresores, anunciantes e, incluso, lectores que osan manifestar la más leve crítica de sus programas.

Todo el mundo es libre para abstenerse de leer lo que no le guste e incluso para recomendar a otros que hagan lo mismo. Pero muy distinto es recurrir a la amenaza y a la coacción, a las graves represalias contra gentes cuya única culpa es el haber favorecido publicaciones cuyo contenido no agradó a grupos dispuestos siempre a recurrir a la violencia. Un boicot sindical —o su mera amenaza—atemoriza el ánimo y subyuga la voluntad de los dueños de diarios y publicaciones en general, quienes vergonzantemente se someten al dictado de los capitostes laborales.

Los modernos líderes obreristas son mucho más susceptibles que los emperadores y reyes del pasado; se irritan con facilidad; no están para bromas; su cerril disposición acabó enmudeciendo, en este terreno, a la sátira teatral y cinematográfica.

En las salas del *ancien régime* libremente se representaban obras (Beaumarchais) ridiculizando a la nobleza; lo mismo hacía Mozart en inmortal ópera; Ofénbach y Halévy, en La Gran Duquesa de Gerolstein, satirizaban el absolutismo, el militarismo y la vida de la corte del Segundo Imperio francés. Pero Napoleón III y los monarcas europeos, en general, se reían a gusto contemplando comedias que les ponían como chupa de dómine. El censor de los teatros británicos de la época victoriana, el lord Chamberlain, no obstaculizó la representación de las revistas de Gilbert y Sullivan que satirizaban las venerables instituciones amparadoras de la no escrita constitución inglesa; nobles lores llenaban los palcos mientras, en el escenario, el conde de Montararat decía que «la Cámara de los Lores nunca pretendió alcanzar alturas intelectuales».

Nadie puede, actualmente, desde un escenario, meterse en serio con quienes detentan el poder. Los sindicatos, las mutualidades laborales, las empresas socializadas, los déficits y tantas otras lacras del Estado benefactor son temas tabú; cualquier irrespetuosa alusión a tales realidades

resulta aviesa y condenable. Vacas sagradas son los sindicalistas y los funcionarios de los organismos socializantes. El teatro sólo puede recurrir a aquellos manidos tópicos que han degradado la divertida opereta y las alegres comedias de Hollywood.

5. El fanatismo de la gente de pluma

El observador superficial difícilmente advierte la hoy prevalente intolerancia del gobernante contra el disidente, ni menos aún cala las artimañas y maquinaciones empleadas para ahogar la voz del contrario. Lo que él ve es que se discute mucho y que, al parecer, nadie está de acuerdo en nada.

Pero la verdad es otra; ese ardor, precisamente, con que comunistas, socialistas e intervencionistas, integrados en diversas sectas y escuelas, entre sí se combaten oculta el que, pese a tanto perorar, hay una serie de dogmas fundamentales en torno a los cuales todos ellos enteramente coinciden. Se margina a los escasos pensadores independientes que pretenden combatir tales idearios, dificultándoseles el contacto con las gentes. La impresionante máquina de propaganda y proselitismo «izquierdista» ha triunfado plenamente, haciendo intocables ciertos temas. La intolerante ortodoxia de quienes gustan de considerarse «heterodoxos» se ha impuesto por doquier.

Confusa mezcolanza de doctrinas diversas e incompatibles entre sí es lo que este «heterodoxo» dogmatismo ampara; un eclecticismo de la peor especie; caótica colección de conjeturas derivadas de doctrinas falaces y conceptos erróneos cuya improcedencia tiempo ha quedó demostrada; fragmentos inconexos de socialistas —«utópicos» y «científicos»—,

fabianos ingleses, institucionalistas americanos, sindicalistas franceses, historicistas alemanes y tecnócratas de todo pelaje.

Reincídese en los errores de Godwin, Carlyle, Ruskin, Bismarck, Sorel, Veblen y legión de autores menos conocidos.

Hay un dogma axial en torno al cual coincide este cóctel ideológico, a saber, que la pobreza es consecuencia de inicuas instituciones sociales, que es preciso suprimir. La instauración de la propiedad y de la empresa privada fue el pecado original que privó a la humanidad de la dichosa vida del Edén; el capitalismo sólo benefició a explotadores sin entrañas; y condenó a las honradas masas trabajadoras a progresiva degradación y pobreza. Pero existe el Estado —verdadero demiurgo— capaz él solo de doblegar al avariento aprovechante. La idea de «servicio» debe sustituir a la idea de «lucro»; ni las intrigas ni las brutalidades de los «reyes de las finanzas» podrán detener la ya inaplazable revolución social; deviene imperativa la planificación centralizada; y habrá, entonces, abundancia y riqueza para todos. Quienes impulsan esta gran transformación son progresistas, pues batallan por un ideal generoso y que además conforma con las leyes inexorables de la evolución histórica. Quienes se oponen son reaccionarios, por cuanto, en vano empeño, pretenden detener el avance inexorable del progreso.

Los progresistas abogan por medidas que, de inmediato, aliviarán la suerte de las masas dolientes, a saber, la expansión del crédito y el aumento de la circulación fiduciaria; los salarios mínimos coactivamente impuestos por el Estado o los sindicatos (con la connivencia de aquél); la tasación de los precios y alquileres; y múltiples otras medidas intervencionistas. Ante tanta vana palabrería, la ciencia económica se alza, demostrando que, por tales vías, no es posible alcanzar los objetivos que sus propios patrocinadores desean conseguir, provocándose situaciones todavía más insatisfactorias que aquellas que se pretendía remediar. La expansión crediticia engendra las crisis y las depresiones reiteradas; la inflación hace subir vertiginosamente los precios; los salarios superiores a los del mercado desatan paro indomitable; las lasas máximas reducen la producción y las mínimas provocan la aparición de excedentes incolocables. La realidad de

tales asertos ha quedado evidenciada de modo irrefutable por la ciencia económica. Ningún pseudoeconomista izquierdista se ha atrevido a negar su certidumbre.

El cargo fundamental que los progresistas formulan contra el capitalismo consiste en asegurar que la periódica reaparición de crisis, depresiones y paro son fenómenos típicos y consustanciales al sistema. Los liberales opinan precisamente lo contrario: que las depresiones y el paro son consecuencia de las medidas intervencionistas que previamente adoptara el gobierno para mejorar las cosas y enriquecer a las masas. Ninguna de ambas, diametralmente opuestas, posturas debe aceptarse a fuer de dogma indisputable. Lo más lógico parece sería estudiar a fondo los temas en cuestión, deduciendo las oportunas conclusiones, para después, honesta y abiertamente, difundirlas. Ese planteamiento, sin embargo, no es del agrado de los progresistas, por constarles que, de tal debate, sus idearios van a salir malparados, heridos de muerte. Por eso procuran disimular el fondo de las cosas, evitar que la condenable herejía liberal inficione las aulas universitarias, los cenáculos intelectuales y el ágora pública en general. Ataques y agravios graves soporta quienquiera osa seguir la expuesta vía liberal, disuadiéndose al joven estudioso para que no lea «tantas estupideces».

Existen, para el dogmático progresista, dos grupos sociales antagónicos, que se disputan la «renta nacional». Los terratenientes, empresarios y capitalistas, «la empresa», que, bajo un régimen de libertad, se apropiaría de la parte del león, dejando para «el trabajo», empleados, obreros y campesinos, tan sólo pobres migajas bastantes únicamente para la mera supervivencia. Los trabajadores, lógicamente irritados por la codicia de los patronos, lo natural sería que apelaran a las propuestas más radicales del comunismo, con la consiguiente supresión de la propiedad privada. La mayoría, sin embargo, es paciente y moderada, por lo que rehúye un radicalismo excesivo. Rechaza el comunismo y, de momento, se aquieta, aun no percibiendo la totalidad de esas «no ganadas» rentas que, en justicia, le corresponden. Admite las soluciones intermedias, el dirigismo económico, el Estado-providencia, el socialismo. Acude a los intelectuales

como árbitros, considerando que ellos, no siendo beligerantes, sabrán resistir a los extremistas de ambos grupos y, en definitiva, apoyarán a los moderados, mostrándose favorables para con la planificación, la social democracia, la protección del obrero, poniendo coto final a la abusiva codicia del empresariado.

Innecesario parece reincidir en detallado análisis de los desaciertos y contradicciones que tal modo de razonar encierra. Bastará con destacar tres errores básicos.

Primero: el gran conflicto ideológico de nuestra época no gira en torno al modo de distribuir la «renta nacional». En ningún caso se trata de una lucha entre dos clases, cada una de las cuales pretendería apropiarse el mayor porcentaje posible de específico montante a distribuir. Lo que de verdad ahora interesa es determinar cuál sea, desde un punto de vista social, el sistema económico mejor, es decir, dilucidar cuál de los dos órdenes — capitalismo o socialismo— da al esfuerzo humano la máxima productividad, elevando, en definitiva, el nivel medio de vida de las gentes más rápidamente, con mayor amplitud y superior calidad. Pero, en cuanto tal vía emprendemos, de bruces nos damos con el problema de la imposibilidad del cálculo económico bajo el socialismo, sistema que, por razones intrínsecas y de definición, jamás puede racionalmente ordenar la actividad económica, Horroriza a los socialistas la mera insinuación del tema, por lo que procuran escamotearlo como sea, relegándolo al limbo del olvido; que nadie ni siquiera lo mencione; postura con la que ponen bien de manifiesto la intolerancia de su dogmatismo. Axiomático para ellos es que el capitalismo constituye el peor de los males, encarnando, por el contrario, en el socialismo cuanto se considera beneficioso; y esto hay que tenerlo por indiscutible; quienquiera propugne el análisis económico del socialismo sea anatema. El sistema político occidental no permite todavía infligir castigos a la manera rusa; a quienes contra corriente osan bogar, de momento sólo se les insulta, denigra y boicotea, insinuando ser de perverso e inconfesable origen su proceder tan incomprensible¹.

Segundo: no existe en lo económico diferencia apreciable entre socialismo y comunismo. La organización social, en ambos casos, es la

misma: propiedad colectiva de los medios de producción frente a propiedad privada de los mismos. Socialismo y comunismo constituyen términos sinónimos. Los socialistas se fundamentan en un documento titulado *Manifiesto «comunista»* y el imperio comunista lleva por nombre «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas» .

El antagonismo que, a veces, se manifiesta entre el comunismo ya establecido y los partidos socialistas extranjeros no afecta a los respectivos objetivos finales. Surge cuando la dictadura soviética pretende sojuzgar un nuevo país (al final lo que buscan es la conquista de América) o cuando se plantea el tema referente a si el asalto debe de ser de carácter violento o de índole democrática.

Los políticos, economistas y las gentes que les respaldan cuando predicán dirigismo y bienestar social (Welfare State), sin darse cuenta, están propugnando las soluciones socialistas y comunistas. La planificación implica que los programas estatales deben privar sobre los particulares, prohibiéndose a empresarios y capitalistas la inversión de sus bienes en aquello que estimen más conveniente; han de atenerse a las instrucciones del Sr. Ministro, lo que equivale a estatizar la dirección económica.

Grave error, desde luego, supone el creer que por «menos absolutas» o «menos radicales», las soluciones del socialismo, el dirigismo o el Estado providencial sean diferentes a las que el comunismo propugna. No constituyen, desde luego, antídotos antimarxistas. La moderación del socialista estriba tan sólo en que no está dispuesto a vender, como el comunista, su patria a los agentes de Rusia, ni maquina la muerte de toda la burguesía no marxista. La cosa, desde luego, tiene trascendencia, Pero en nada afecta a los objetivos finales que todos los aludidos movimientos persiguen.

Tercero: el capitalismo y el socialismo constituyen sistemas sociales diametralmente opuestos. El control privado de los medios de producción y el control público de los mismos son nociones contradictorias; impensable resulta una economía mixta, es decir, intermedia entre capitalismo y socialismo. Quienes propugnan esas soluciones que erróneamente califican de intermedias no buscan un compromiso entre capitalismo y socialismo;

están pensando en una tercera fórmula de características peculiares que debe ser ponderada, por sus propias circunstancias, como ente específico. Es lo que los economistas denominan intervencionismo. El sistema, desde luego, contrariamente a lo que sus defensores piensan, no sirve para entremezclar una gota de capitalismo con otras tantas de socialismo. Se trata de organización social distinta, tanto del uno como del otro. El economista asegura, sin que por ello deba calificársele de intransigente o de extremista, que el intervencionismo no puede alcanzar los objetivos deseados; es más, viene a empeorar la situación, incluso desde el punto de vista del intervencionista que implanta la injerencia. Decir esto no es caer en el fanatismo o la obcecación; simplemente es describir las inevitables consecuencias del intervencionismo.

Cuando Marx y Engels, en el Manifiesto comunista, abogaban por ciertas medidas intervencionistas, no pretendían buscar salomónico arbitraje entre socialismo y capitalismo. Recomendaban tales medidas — incidentalmente, las mismas que constituyen la esencia del New Deal y del Fair Deal— por considerar constituían los primeros pasos hacia la plena instauración del comunismo. Abiertamente reconocían que, aun cuando eran ineficaces e indefendibles, desde el verdadero punto de vista social, tenían un valor, pues, a medida que se aplicaran, evidenciarían su propia insuficiencia, dando así pie a nuevos ataques contra el antiguo orden, lo que permitiría definitivamente revolucionar el sistema de producción.

La filosofía del progresismo milita, pues, en favor del socialismo y del comunismo.

6. El teatro y las novelas de tesis «social»

El público, seducido por las ideas marxistas, pide novelas y comedias socialistas («sociales»). Los escritores, que generalmente comparten la misma ideología, se aprestan a servir la solicitada mercancía. Suelen comenzar con detallada descripción de desolado cuadro social; causa primera, desde luego, es el capitalismo, que hunde en la pobreza y la miseria a las desgraciadas clases explotadas, enfermas, ignorantes, obligadas a vivir en hediondos lodazales, mientras los ricos, estúpidos y corruptos, disfrutan de lujos y comodidades sustraídas a los obreros. Lo malo y ridículo es siempre burgués; lo bueno y sublime, invariablemente, proletario.

Tales autores son de dos tipos. Hay unos que nunca conocieron la pobreza; nacidos de acomodadas familias urbanas, de agricultores con medios o de bien pagados técnicos, se educaron en ambientes burgueses y desconocen los círculos sociales en que sitúan a sus personajes. Tienen que documentarse, antes de ponerse a redactar, acerca de esos bajos fondos que quieren describir. Abordan, sin embargo, sus estudios llenos de prejuicios; saben ya de antemano lo que van a descubrir. Los socialistas les enseñaron que el orden capitalista inflige sufrimientos sin cuento a las masas y que, cuanto más progresa, en mayor grado empobrece a las clases trabajadoras. Escriben, pues, con tesis, procurando difundir los dogmas marxistas.

Lo malo de estos autores no es el que propendan a reflejar sólo la miseria y la desdicha. El artista debe poder libremente trabajar sobre el tema que más le interese; lo pernicioso del caso estriba en la errónea y tendenciosa interpretación que dan a la realidad social. Incapaces son de advertir que los lamentables fenómenos en cuya contemplación se regodean jamás pueden achacarse al capitalismo; constituyen, por el contrario, o irritantes restos del ayer precapitalista o efectos precisamente provocados por las medidas intervencionistas, hoy tan en boga, que perturban el normal funcionamiento del mercado. No se percatan de que el capitalismo es el sistema más apto para suprimir la miseria, al montar la producción en gran escala, de acuerdo con los dictados de las masas consumidoras. Fijan la atención únicamente en el asalariado, en su condición de obrero, sin darse cuenta de que éste, al propio tiempo, es el principal consumidor de los productos que él mismo fabrica, bien sea en forma de artículos de consumo o materias primas, que luego se transformarán en bienes consumibles.

Deforman gravemente la verdad tales publicaciones cuando dan a entender que los males descritos son lógica consecuencia de la «mecánica» capitalista. La simple compulsa del número de artículos en serie fabricados y vendidos palmariamente evidencia que el asalariado medio dista mucho de conocer la miseria auténtica.

Emilio Zola fue la figura más destacada en este tipo de literatura «social». Abrió la ruta que multitud de imitadores, desde luego menos dotados que él, luego seguirían. El arte, para Zola, se encontraba íntimamente ligado a la ciencia; los descubrimientos científicos debían constituir su base; y, en el terreno de las ciencias sociales, el gran avance había sido el marxista, proclamando que el capitalismo constituía el peor de los males y que la venida del socialismo no sólo era inevitable, sino, además, altamente deseable. Curiosa «colección de homilías socialistas» , se ha dicho, fueron sus novelas. El propio Zola, con todos sus prejuicios y todo su entusiasmo socializante, pronto sería, sin embargo, rebasado por aventajados discípulos. Estos escritores «proletarios», creen sus lectores, reflejan la genuina realidad social . Pero la verdad es que no se limitan a reflejar circunstancias fácticas; antes al contrario, interpretan los hechos a la

luz de las enseñanzas de Marx, de Veblen, de los Webb. Dicha interpretación constituye la base del libelo; porque, en realidad, no estamos ante obras literarias, sino ante mera propaganda socialista. Los dogmas en que los manejados argumentos se apoyan resultan para sus expositores verdades inconcusas; y el lector, por su parte, comulga con idénticas ideas. De ahí que, frecuentemente, el autor ni siquiera mencione las doctrinas en que se apoya; sólo indirectamente, alguna vez, a ellas alude.

Pero no sutilicemos; no es necesario. En cuanto demostrada queda la inadmisibilidad de la teoría socialista y la improcedencia de los pseudoeconómicos argumentos en que la misma busca amparo, toda la tesis de los repetidos escritos se viene abajo cual castillo de naipes. Son obras que pretenden aplicar a la realidad social las doctrinas anticapitalistas; en cuanto éstas se desfondan, carentes de base quedan aquéllas.

El segundo grupo de novelistas «proletarios», al que antes aludíamos, se halla integrado por quienes nacieron en el propio ambiente que describen. Se han apartado ya del mundo obrero, ingresando en las filas de los profesionales, y, a diferencia de los autores proletarios de origen «burgués», no han de dedicarse a específicas investigaciones para conocer la vida de los asalariados. Su propia experiencia, a estos efectos, resulta bastante.

Pero precisamente dicha personal experiencia ilustra al sujeto acerca de realidades que vienen a contradecir los dogmas básicos del credo socialista. Advierte, en efecto, el interesado la inexistencia de barreras que impidan a los hijos inteligentes y laboriosos de padres modestos escalar posiciones mejores. El propio curriculum del autor lo atestigua. Sabe bien por qué él triunfó, mientras la mayoría de sus hermanos y camaradas no lo consiguió. Topó reiteradamente, en su ascensión, con otros jóvenes, quienes también ansiaban aprender y progresar; algunos alcanzaban las metas ambicionadas, otros fracasaban. Se percata, al integrarse en la sociedad burguesa, que no es truhanería lo que proporciona mayores ingresos a unos que al resto. Perviviría aún en el círculo donde naciera si fuera tan torpe como para dejar de ver que son muchos los hombres de negocios y los profesionales, quienes, a su propia semejanza, deben considerarse hombres hechos a sí mismos, los cuales, igual que él, también partieron de la pobreza.

Comprende que son otras circunstancias, distintas de las imaginadas por el resentimiento socialista, las que provocan la desigualdad crematística capitalista.

Cuando tales literatos escriben lo que, como decíamos, no son más que homilías prosocialistas, faltan a la verdad. La insinceridad de sus novelas y obras teatrales las hace despreciables, resultando incluso inferiores a los libros de sus colegas de origen «burgués», quienes, al menos, creen en lo que escriben.

Pero no se conforman los escritores socialistas con la simple descripción de las *víctimas del capitalismo*. Les interesa, igualmente, reflejar la vida y milagros de los beneficiarios del sistema, los empresarios, esforzándose en exhibir las formas arteras que emplearon para enriquecerse. Dado que ellos —gracias a Dios sean dadas— no dominan tan turbios negocios, en autorizados libros de historia buscan información. Les ilustran los especialistas acerca de cómo los «gangsters financieros» y los «voraces tiburones» hicieron sus millones: «Comenzó su carrera como turbio traficante de ganado; compraba a los campesinos las reses vivas; las conducía al mercado, donde, al peso, las vendía a los carniceros. Poco antes, sin embargo, se cuidaba de darles sal en abundancia para que bebieran mucha agua. Un galón de agua pesa unas ocho libras; que ingiera la vaca tres o cuatro galones y veréis que bonito precio conseguís»¹ .

Es así como se describen, en miles de novelas y obras teatrales, las torpes maquinaciones del personaje más vil de la trama, el hombre de negocios. Los repugnantes capitalistas se hicieron ricos vendiendo acero agrietado y alimentos putrefactos, zapatos con suelas de papel y piezas de algodón que hacían pasar por tejidos de seda. Sobornaban a gobernadores y congresistas, jueces y policías; estafaban a clientes y operarios. Son lamentables realidades; inocultables, ya.

No se dan cuenta tales escritores de que, con sus relatos, están implícitamente calificando de perfectos idiotas a millones de americanos, quienes, evidentemente, con la mayor candidez, se dejan timar por el primer bribón que se les acerca, como en el caso de las vacas infladas, en que ningún carnicero lograba advertir el engaño. Son ganas de tomarle el pelo al

lector, pasarse de la raya, el decir, en letra de molde, que todos los comerciantes e industriales yanquis son inocentes palomas desorientables por el garlito más anodino. Fábulas, mentiras, como las restantes «verdades» del socialismo *científico*.

El hombre de negocios, para el escritor «izquierdista», es un bárbaro, un jugador, un borracho. De día, en el hipódromo; de noche, en el cabaret; para acabar durmiendo con la querida, «No bastándoles a los burgueses las esposas e hijas de sus obreros, sin mencionar las prostitutas de profesión, complácele seducirse mutuamente las respectivas esposas», clamaban Marx y Engels desde lo alto del Sinaí socialista. Y es así, a no dudar, como la literatura, los libretos y guiones americanos más en boga describen al empresario estadounidense

IV
OBJECIONES DE CARÁCTER NO
ECONÓMICO AL CAPITALISMO

1. El argumento de la felicidad

Los detractores del capitalismo gustan de apelar, fundamentalmente, a dos argumentos: en primer lugar, que el poseer un automóvil, un aparato de televisión o una nevera eléctrica no proporciona la felicidad; en segundo término, que son muchos quienes todavía carecen de tales amenidades. Ambos asertos son ciertos; lo que pasa es de ellos no se puede deducir cargo alguno contra el sistema capitalista.

La gente no busca una inalcanzable felicidad absoluta; el hombre se afana y moviliza por suprimir, del modo más cumplido posible, específico malestar y, si lo consigue, deviene más feliz o menos desgraciado de lo que, en otro caso, sería. Al adquirir una televisión, con su propio actuar pone de manifiesto que en su individualizada opinión el aparato va a hacerle más dichoso o menos infortunado, según se mire. En otro caso, se habría abstenido. La función del médico no estriba en proporcionar perfecto bienestar al paciente; lo que procura es aliviar específica molestia, atendiendo así el más íntimo deseo de todo ser vivo, a saber, alejar cuanto resulta nocivo para la propia salud y vida.

Tal vez haya budistas mendicantes quienes, pese a vivir de la ajena caridad, sumidos en la suciedad y en la miseria, se sientan perfectamente felices, sin envidiar a nabab alguno; allá ellos, beatos sean. Tal género de vida resultaría, sin embargo, insoportable para la inmensa mayoría de

nuestros contemporáneos. El hombre, normalmente, siente innato impulso por mejorar la personal condición. ¿Quién podría inducir a la clase media americana a adoptar la indigente actitud oriental? El descenso de la mortalidad infantil constituye uno de los triunfos más conspicuos del capitalismo. ¿Quién negará que este fenómeno ha reducido una al menos de las mayores causas de infelicidad de las gentes?

Absurdo, igualmente, es el otro reproche que se hace al capitalismo, el que los progresos todavía no benefician a todos. Los más inteligentes y enérgicos desbrozan el camino hacia la mejora social; abren la marcha; el resto, poco a poco, les seguirá. Lo nuevo, como antes decíamos, constituye, al principio, extemporáneo lujo, que sólo unos pocos disfrutan; luego, gradualmente, bajo el capitalismo, va todo poniéndose al alcance de la mayoría. No arguye en contra del uso del calzado o del tenedor el que el aprovechamiento de tales utensilios muy lentamente se extendiera y que, aún hoy, haya millones que desconozcan su existencia. Los refinados caballeros y distinguidas damas que adoptaron el uso del jabón franquearon el camino para la producción del mismo en gran escala que permitió a las masas el disfrutarlo. Quienes, estando en su mano y gustándoles, se abstienen de adquirir una televisión, pensando que otros muchos carecen del aparato, en modo alguno están facilitando la difusión de tal mercancía, sino todo lo contrario¹

2. Materialismo

Hay también quienes censuran al capitalismo su burdo materialismo. Reconocen que mejora incesantemente el nivel de vida de las masas, pero las aparta de los cometidos verdaderamente nobles y elevados. Vigoriza los cuerpos; al alma y a la mente, en cambio, las condena a inanición. Decaen, bajo su égida, las artes; pasaron los días de los grandes poetas, pintores, escultores y arquitectos; bazofia es lo que el capitalismo, en este terreno, aporta.

De subjetiva condición resulta siempre la apreciación del arte; unos admiran lo que a otros horripila; no cabe medir ni ponderar la valía de un poema o de una obra arquitectónica. Quienes se deleitan contemplando la catedral de Chartres o Las Meninas, de Velázquez, pueden calificar de zafios a quienes tales maravillas no pasman. ¡Cuántos escolares soberanamente se aburren cuando tienen que aprender los estupendos versos de ¡Hamlet! Sólo aquellos dotados del sentido de lo bello son capaces de apreciar el valor del artista y disfrutar con su obra. Hay mucha hipocresía entre los que pretenden hacerse pasar por gente cultivada. Adoptan actitud de entendidos y fingen admiración por el arte y los artistas del ayer. No muestran análoga simpatía por el creador contemporáneo, que aspira a consagrarse. Aquella fingida adoración por los antiguos maestros

les sirve para menospreciar y ridiculizar a los nuevos genios que rehusan someterse a las modas del pasado, prefiriendo crear estilos propios.

John Ruskin fue uno de los que —junto con Carlyle, los Webbs, Bernard Shaw y otros— cavaron la fosa de la libertad, la civilización y la prosperidad británica. Individuo depravado en su vida pública y privada, glorificó la guerra y el derramamiento de sangre; denigraba, obcecadamente, la ciencia económica, cuyas enseñanzas era incapaz de comprender. Fue fanático detractor del mercado y fogoso panegirista de los gremios medievales. Rindió homenaje al arte de pasadas centurias. A Whistler, su gran coetáneo, en cambio, le hizo objeto de ataques tan soeces, viles e injuriosos, que fue condenado por calumnia. Contribuyó a difundir el manido prejuicio de que el capitalismo no sólo constituye nocivo sistema económico, sino que además destruye la belleza e implanta la fealdad; arrasa la grandeza e introduce la mezquindad; suprime el arte y encumbra la inmundicia.

Es, como decíamos, de condición tan subjetiva la apreciación de lo artístico que, en tal materia, nada cabe dejar apodícticamente zanjado, contrariamente a lo que sucede con los razonamientos lógicos o las cuestiones de hecho. No obstante, nadie, en su sano juicio, se atrevería a menospreciar la grandeza del arte capitalista.

Prevaleció precisamente la música a lo largo de aquella época «tan metalizada y de tan mezquino materialismo». Wagner y Verdi, Berlioz y Bizet, Brahms y Bruckner, Hugo Wolf y Mahler, Puccini y Ricardo Strauss, ¡qué ilustre muchedumbre! ¡Qué época, cuando grandes maestros como un Schumann o un Donizetti pasaban casi desapercibidos, tapada su excelencia por otros genios de rango aún superior!

Y ahí están las grandes novelas de Balzac, Flaubert, Maupassant, Jens Jacobsen, Proust y los poemas de Víctor Hugo, Walt Whitman, Rilke, Yeats. ¡Qué mísero sería nuestro horizonte sin las obras de estos titanes y las de otros escritores no menos sublimes!

Tampoco olvidemos a los pintores y escultores franceses que nos enseñaron nuevos modos de contemplar la naturaleza y gozar de la luz y del color.

Nadie, menos aún, puso nunca en duda que, a lo largo de la época capitalista, todas las ramas de la actividad científica progresaron como por ensalmo. Los eternos descontentos, sin embargo, ahora rearguyen que, en esencia, se trata de trabajos de «especialización», echándose de menos la labor de «síntesis». Resulta ello evidentemente insostenible en el campo de la matemática, la física y la biología. ¿Y qué decir de la obra filosófica de Groce, Bergson, Husserl y Whitehead?

Cada era infunde personalidad propia a sus realizaciones artísticas. No constituye arte la servil imitación de las grandes obras del pasado, sino, más bien, plagio. Sólo la originalidad valoriza la obra artística. Cada época tiene su propio estilo, estilo que, la define como tal época.

Pero no ocultemos nada y digamos lo que es lícito en favor de los admiradores del ayer. Las últimas generaciones, ciertamente, no legaron a la posteridad monumentos tales como las pirámides, los templos griegos, las catedrales góticas, los palacios renacentistas o las obras del barroco. En los últimos cien años se han construido muchas iglesias y catedrales y, aún en mayor número, palacios oficiales, escuelas y bibliotecas. Tales edificaciones, verdad es, carecen de originalidad; se limitan o a copiar viejos modelos o a entremezclar ya conocidos estilos diversos. Tan sólo en el terreno de la vivienda y en el de las oficinas parece atisbarse cierto estilo característico. Dicho lo anterior, ridícula pedantería resultaría negarse a apreciar la peculiar grandeza de algunas perspectivas modernas; la silueta de Nueva York, por ejemplo. Pero, en fin, vamos a admitir que la arquitectura actual no ha alcanzado la excelencia de la antigua.

Diversas son las causas. Por lo que se refiere a los edificios religiosos, el apego de las iglesias a las formas tradicionales dificulta la innovación. El impulso que hacía levantar suntuosas mansiones se debilitó con la decadencia de las dinastías y estirpes nobiliarias. La opulencia, diga lo que quiera la demagogia anticapitalista, de empresarios y hombres de negocios es, comparativamente, tan inferior a la de los antiguos reyes y príncipes que no pueden aquéllos permitirse semejantes lujos. Nadie tiene hoy medios suficientes para levantar un Versalles o un Escorial. Podía el antiguo déspota, en abierto desafío a la opinión pública, encargar al artista más

admirable la fábrica imperecedera que luego pasmaría a la ignorante multitud. Pero, hoy en día, incluso los edificios públicos han de renunciar a toda original extravagancia; ni comisiones ni ponencias osan apoyar al atrevido precursor; prefieren atenerse a lo normal y consagrado; no quieren líos.

Las masas nunca supieron apreciar el arte contemporáneo. Sólo minoritarios cenáculos rendían merecido homenaje a quienes luego todos considerarían escritores y artistas geniales. La ausencia de sentido artístico en los más nada tiene que ver con el capitalismo; lo que pasa es que el sistema enriquece de tal modo a las multitudes que las gentes, de pronto, se transforman en «consumidores»; de literatura, por ejemplo, pero generalmente de la mala. Insustanciales novelas destinadas a lectores de escasa preparación invaden, entonces, el mercado. Ello, sin embargo, no es óbice, bajo el capitalismo, para que quien quiera y sepa pueda, sin pedir permiso a nadie, escribir y publicar la obra monumental.

Lágrimas de cocodrilo derraman los críticos ante la supuesta decadencia de las artes decorativas. Comparan los antiguos muebles, conservados en museos y nobles mansiones, con el menaje económico masivamente fabricado por la gran industria, olvidando que aquellas piezas maestras se producían exclusivamente para los ricos. No había cofres con doradas tallas en las miserables chozas de la gente del pueblo. Quienes desprecian el mobiliario económico que utiliza el asalariado americano, que crucen el río Grande y contemplen las casas de los peones mejicanos carentes de todo menaje. Cuando la industria moderna comenzó a proveer a las masas de los mil objetos necesarios para la elevación del nivel de vida, su principal preocupación consistió en producir del modo más barato posible, sin preocuparse del aspecto estético. Más tarde, a medida que el progreso del capitalismo incrementaba la riqueza de las clases obreras, los fabricantes, poco a poco, comenzaron a producir objetos cada vez más bellos y refinados. Dejando aparte sensibleros prejuicios, ningún observador imparcial negará que, cada día, en los países capitalistas, hay mayor número de hogares cómodos y bonitos.

3. Injusticia

Son muchos los críticos, tal vez los más apasionados del capitalismo, quienes lo condenan por su íntima injusticia.

Cavilar en torno a cómo deberían de ser las cosas cuando de otro modo son, por imperativo de inflexibles leyes universales, a nada conduce. Inofensivas resultan tales elucubraciones mientras no pasen de meras ensoñaciones. Quienes, en cambio, quieren hacerlas realidad, sólo consiguen perjudicar el bienestar de los demás.

Se parte siempre de un error grave, pero muy extendido: el de que la naturaleza concedió a cada uno ciertos derechos inalienables, por el solo hecho de haber nacido. La naturaleza, por lo visto, es generosa; hay abundancia de todo y para todos. Asisten, pues, al individuo imprescriptibles acciones contra la sociedad y el resto de los mortales cuando tratan éstos de cercenarle la parte que, para su personal disfrute, tiene reservada en ese universal condominio. Las normas del Derecho natural, de la justicia, se alzarán siempre contra quien pretenda apropiarse de lo que, en verdad, a otro corresponde. Gentes malvadas, apoyadas por la mecánica del mercado, se apropian de gran parte de lo que es de los pobres; de ahí que haya tanta indigencia. Compete a la Iglesia y al Estado empecer tan inicuas expoliaciones, velando por el interés general.

La tesis es, de cabo a rabo, falsa y errónea. La naturaleza nada tiene de generosa, sino que es avara en extremo. Escatima cuantos bienes el hombre precisa para sobrevivir; cercados vivimos por malignos seres, tanto animales como vegetales, dispuestos siempre a dañarnos; las fuerzas naturales se desatan en nuestro perjuicio; la mera pervivencia hemos de reconquistarla a diario. El parcial bienestar que, merced a denodada lucha, el hombre consigue es fruto principalmente de la inteligencia, ese arma sublime que recibiéramos en el último instante. Fueron los mortales, quienes, en estrecha cooperación con sus semejantes, bajo el signo de la división del trabajo, crearon cuanto los utopistas estiman gracioso don de una supuesta *gentil naturaleza*.

Carece pues de sentido, cuando se habla de distribuir esa riqueza engendrada de forma tan onerosa, apelar a ignotos mandamientos divinos o inventadas normas de desconocido Derecho natural. No se trata de repartir *res derelicta*, donado caudal, acerbo carente de dueño. Lo que se discute, en realidad, es cuál sistema en mayor grado incrementa y mantiene la producción, para así conseguir el máximo bienestar, la más plena satisfacción posible de todos.

El Consejo Mundial de las Iglesias, organización ecuménica de las confesiones protestantes, declaraba, en 1948: «La justicia exige que los habitantes de Asia y África disfruten, en mayor grado, de los beneficios derivados del maquinismo» . Tal afirmación sólo tendría sentido suponiendo que la Providencia habría asignado a la humanidad entera preciso número de máquinas y útiles, conjunto que debería ser equitativamente repartido entre todos los pobladores del planeta. Pero del tema, el único que de verdad interesa, el demagogo huye como del propio diablo, repitiendo incansable su ciego, sordo y tullido argumento: que los malvados países capitalistas, en la rebatiña del reparto, se alzan siempre con una porción mayor de la que, en justicia, les corresponde, restringiendo la cuota que efectivamente llega a las manos de los desgraciados asiáticos y africanos ¡Qué indignidad!

La verdad, contrariamente a lo supuesto, es que ese capitalismo del *laissez faire*, que para condenarlo «por razones de moral» el documento del

Consejo Mundial tergiversa, fue el instrumento que enriqueció a los países occidentales, mediante la creación de capital, posteriormente invertido en máquinas y herramientas. Si asiáticos y africanos no permitieron, por las razones que fuere, la aparición de un capitalismo autóctono, allá ellos; ése es su problema. Occidente no tiene la culpa de nada; ya hizo bastante procurando, durante repetidas décadas, alumbrar la correcta vía. Las medidas estatales allí imperantes impiden además la entrada de capitales extranjeros, que permitirían suplir el nacional inexistente, haciéndoles posible, entonces, a aquellas gentes disfrutar «en mayor grado de los beneficios derivados del maquinismo». Cientos de millones de seres, por falta de capital, siguen apegados a métodos primitivos de producción; han de renunciar, consecuentemente, al provecho que el empleo de mejores herramientas y más modernas técnicas les reportaría. Para el alivio de tales males sólo una vía tienen franca: la implantación, sin reservas, del *laissez faire* capitalista. Lo que estos pueblos precisan es iniciativa privada y acumulación de nuevos capitales, o sea, ahorradores y empresarios. Carece de sentido culpar a las naciones de Occidente, en general, y al capitalismo, en concreto, de la miseria que los pueblos atrasados, con su propio actuar, ellos mismos se infligen. Vanas invocaciones a la «justicia», de nada les servirán; lo que deben hacer, si desean zafarse de la pobreza que les atenaza, es sustituir perniciosos sistemas económicos por el único sano y eficiente: el del *laissez faire*.

El nivel de vida del hombre medio occidental no se consiguió a base de ilusorias disquisiciones en torno a cierta etérea e inconcreta justicia; se alcanzó, por el contrario, gracias al actuar de «explotadores» e «individualistas sin entrañas». La pobreza de los países atrasados se debe a que sus métodos expoliatorios, su discriminatorio régimen fiscal y su control cambiario impiden la inversión de capital extranjero, mientras la política económica interna dificulta la formación del propio.

A cuantos condenan el capitalismo desde un punto de vista moral, considerándolo sistema injusto, les ciega su incapacidad para comprender qué sea el capital, cómo surge y se mantiene, y cuáles los beneficios que su empleo en el proceso de la producción procura.

El ahorro constituye la fuente única de capital. Si se consume la totalidad de los bienes producidos, no se forma capital. En cambio, si el consumo es menor que la producción y las mercancías sobrantes se invierten en acertados procesos productivos, aparecen bienes supletorios que no habrían aparecido de faltar aquel capital que en nuevos útiles fuere invertido. Porque el capital encarna en específicos instrumentos, en productos intermedios entre los factores de producción originarios —el trabajo y las riquezas naturales— que van pasando por sucesivas etapas, hasta llegar al producto de primer orden que se consume.

Los bienes de capital se gastan; van pulverizándose en el proceso mismo de producción. Por eso, si la totalidad de los bienes producidos son consumidos; si no se separa de la producción la parte precisa para reemplazar los factores desgastados, hay consumo de capital. La ulterior producción dispondrá de menores medios, lo que reducirá la productividad unitaria del trabajo y de los recursos naturales disponibles. Para impedir eso que cabría denominar «desahorro» o «desinversión», es preciso dedicar una parte del esfuerzo productivo a la conservación del capital existente, reemplazando aquellos bienes de capital que, en cada etapa productiva, fueron como absorbidos en la mercancía fabricada.

De ahí que el capital no pueda considerarse don gratuito de Dios o de la naturaleza. Es fruto que previsora restricción del consumo engendra. Nace y progresa gracias al ahorro; y, para mantenerlo, hay que evitar toda «desinversión».

El capital, de por sí, no incrementa la productividad de los factores naturales ni la del trabajo. Tan sólo cuando el ahorro se invierte de modo inteligente, es decir, rentablemente, incrementa la productividad. El capital, en otro caso, se malgasta, disipa y desaparece.

La acumulación de nuevos capitales, la conservación del existente y su correcta utilización exigen humanas actuaciones. Para incrementar la productividad se precisa, por un lado, de personas que ahorren, es decir, capitalistas, cuya recompensa es el interés, y, de otro, gentes que sepan emplear el capital disponible para la mejor satisfacción de las necesidades

de los consumidores, o sea, empresarios, cuya recompensa, si aciertan a producir riqueza social, constituye la ganancia o beneficio.

Pero ni el capital (ni los bienes de capital) ni la actuación de empresarios y ahorradores bastan para elevar el nivel de vida de las masas, si éstas no se comportan específicamente en cuanto al control de la natalidad. De ser cierta la falaz «ley de hierro» salarial; sí el trabajador dedicara íntegramente sus ingresos a comer y reproducirse, todo aumento de la producción quedaría absorbido por los nuevos seres así aparecidos. El hombre, sin embargo, ante mayores disponibilidades pecuniarias, no procede como los roedores o los microbios; los superiores ingresos se dedican a atender satisfacciones que anteriormente, por la fuerza de las cosas, había sido preciso descuidar.

La acumulación de capital en Occidente supera el aumento de la población. Cuanto mayor es la cuota de capital *per capita* invertido más crece el valor marginal del factor trabajo comparativamente al valor marginal de los factores materiales de producción. Los salarios tienden a subir. El porcentaje de la producción que va al asalariado aumenta con respecto al porcentaje de la misma que perciben los capitalistas —interés— y los propietarios —renta— de aquellos factores que, en economía, englobamos en el concepto tierra.

La productividad del trabajo constituye expresión carente de sentido si no partimos de la idea de la productividad marginal de la labor de que se trate, es decir, si no ponderamos cuánto supondría la supresión de un trabajador en la producción de referencia. Partiendo, en cambio, de tal base, todo, de pronto, cobra sentido, pudiendo entonces evaluarse la correspondiente contribución laboral en mercancías o en su equivalente dinerario. No admitimos, pues, esa idea, generalmente aceptada, que, cuando advierte un alza de la producción, estima haber habido uniforme incremento de la productividad del trabajo, lo que justificaría generalizada elevación salarial. Se basa tal ideario en la ilusión de creer que cabe precisar la respectiva transcendencia de cada uno de los factores complementarios de producción para la obtención de la mercancía fabricada. Es como pretender averiguar, cuando cortamos con unas tijeras

una hoja de papel, cuál haya sido la respectiva contribución de las tijeras (y aun de cada una de sus hojas) y la del individuo que las maneja al resultado obtenido. Para la construcción de un automóvil se precisa máquinas y herramientas, materias primas, trabajo manual y, ante todo, los planos elaborados por los técnicos. Nadie es, pues, capaz de señalar la cuota material que, en el coche terminado, corresponde a cada uno de los aludidos factores de producción empleados.

Para mayor claridad, dejemos de lado, por el momento, la serie de errores en que se suele incurrir al tratar estos temas. Preguntémonos simplemente: ¿cuál de los dos factores de producción, el capital o el trabajo, incrementa la productividad? Planteadas así las cosas, la disyuntiva, la respuesta, resulta obvia: el capital. La producción de los Estados Unidos es hoy superior (por individuo empleado) a la de épocas anteriores y mayor a la de otros países —por ejemplo, China— simplemente porque el obrero americano cuenta actualmente con más y mejores herramientas. Si los bienes de capital invertidos por trabajador no fueran superiores a los de hace trescientos años en los Estados Unidos o, al presente, en China, la producción americana no sería superior ni a la de entonces ni, posiblemente, a la de la China actual. Para, sin aumentar la cuantía del esfuerzo laboral, incrementar la producción, lo que se requiere es la rentable inversión de adicionales capitales, que sólo el ahorro puede generar. El aumento general de la producción, sin necesidad de trabajar más, se debe a la existencia de —capitalistas— ahorradores y de —empresarios— gentes que acertadamente invierten la producción dejada de consumir.

Si no fuera así, ¿por qué las doctrinas en boga rehuyen el tema? ¿Por qué sus partidarios se limitaban, ya forzados, a negar la evidencia sin más explicaciones? La propia política sindical, sin embargo, patentiza que los capitostes gremiales advierten la certeza de una teoría que en público motejan de burguesa simpleza. Si no, ¿por qué procuran restringir la entrada en el país de nuevos trabajadores y aun el acceso al propio sector laboral?

La circunstancia de que los salarios se incrementen, incluso en las actividades en las que la «productividad» se mantiene invariable a lo largo de los siglos, resalta que los aumentos salariales no se deben a la

«productividad» de cada trabajador, sino a la productividad marginal del factor trabajo. Cabe, en este sentido, citar el caso del barbero quien, prácticamente, afeita y corta el pelo, hoy en día, de la misma manera que sus colegas lo hacían hace doscientos años; el del mayordomo, que atiende al primer ministro británico como sus antecesores servían a Pitt o a Palmerston; y el de aquellos trabajos campesinos en los que se emplean los mismo útiles de hace siglos. Los correspondientes salarios son, sin embargo, muy superiores a los que otrora, por la misma labor, se percibía, a causa de haber aumentado la productividad marginal del trabajo, siendo esta última la circunstancia que, según decíamos, determina la cuantía de aquéllos. La contratación de un mayordomo detrae su capacidad de otra labor y, consecuentemente, quien la utiliza ha de pagar, por el aludido servicio, una cantidad equivalente al incremento de producción a que daría lugar el emplearlo en aquella otra supuesta explotación. El mayordomo percibe, desde luego, superiores emolumentos; pero ello, no porque ahora despliegue mayores méritos personales; el alza, antes al contrario, deriva de que los capitales invertidos han progresado con mayor celeridad que el número de brazos disponibles.

Las pseudoeconómicas doctrinas que menosprecian la función del ahorro y de la acumulación de capital carecen de toda base. Una sociedad capitalista, comparativamente a otra de distinta índole, es siempre más rica y próspera, ya que su organización aboga por el incremento de capital *per capita* y por la más acertada inversión del disponible. El nivel de vida de los trabajadores es superior, en la primera, única y exclusivamente, por la razón indicada, correspondiendo a los trabajadores un porcentaje cada día mayor de la renta nacional. Ni el apasionado Marx, ni Keynes el mañoso, ni ninguno de sus menos conocidos seguidores descubrieron jamás falla ni punto débil alguno en esa evidente verdad según la cual sólo hay un medio para elevar permanentemente los salarios de la totalidad de la clase trabajadora, a saber: acelerar el incremento de capital en relación con el aumento de la población. Quienquiera estime «injusta» tal realidad que le eche la culpa a la naturaleza, no a sus semejantes.

4. La libertad, «prejuicio burgués»

La civilización occidental se fraguó en ininterrumpida lucha por la libertad.

El hombre ha podido triunfar en su tenaz esfuerzo por sobrevivir y mejorar gracias a haberse organizado socialmente bajo el signo de la división del trabajo. Tal sociedad, sin embargo, no puede subsistir sin la adopción de medidas coactivas que impidan que perjudiquen a la comunidad quienes en armas se rebelan contra el establecido orden social. Para mantener una pacífica cooperación entre las gentes es preciso contar siempre con la posibilidad de suprimir, mediante el uso de la fuerza, a cuantos perturban la tranquilidad ciudadana. La vida societaria requiere un mecanismo conminatorio y coactivo, es decir, el Estado y el gobierno. Pero surge entonces otro problema; el de impedir que quienes detentan el poder abusen de sus prerrogativas, convirtiendo en virtuales esclavos a los demás. La lucha por la libertad exige la fiscalización de quienes a su cargo tienen la paz pública; hay que imponer legales trabas a las autoridades y a sus agentes. La libertad individual, en su aspecto político, significa seguridad contra la actuación arbitraria de quienes dirigen el aparato represivo estatal. El concepto de libertad ha sido siempre una idea genuinamente occidental. Orientales y occidentales se diferencian fundamentalmente en que aquéllos jamás buscaron ni, de verdad, amaron la libertad individual. Gloria imperecedera de la antigua Grecia es el haber sido la primera agrupación

humana que advirtiera la trascendencia social de instituciones garantizadoras de la libertad. Recientes investigaciones parecen indicar que la filosofía griega había tenido ya precedentes orientales. Pero el concepto moderno de libertad nace en las antiguas ciudades helénicas. Su filosofía fue adoptada por Roma, quien la transmitió a Europa, pasando posteriormente a América. Las sociedades occidentales más fecundas se cimentaron siempre en criterios de libertad, idearios que luego informarían la filosofía del *laissez faire*, a la cual debe la humanidad esos progresos, sin precedentes, típicos de la era del capitalismo.

Las modernas instituciones, tanto de tipo político como jurídico, están concebidas para salvaguardar la libertad individual contra el abuso de poder. El gobierno representativo, el Estado de derecho, la independencia del poder judicial, el *habeas corpus*, la posibilidad de recurrir jurisdiccionalmente contra la Administración, la libertad de palabra y de prensa, la separación de la Iglesia y el Estado y otras muchas similares instituciones tienen, todas ellas, idéntico objetivo: limitar la discrecionalidad de los públicos poderes y proteger al ciudadano ante la arbitrariedad gubernativa. La era del capitalismo acabó con los últimos vestigios de servidumbres y esclavitudes; puso fin a la crueldad punitiva, reduciendo las sanciones penales a aquel mínimo ineludible para refrenar al delincuente; suprimió la tortura y otros violentos modos de tratar a sospechosos e incluso a criminales; abolió los privilegios, proclamando la igualdad de todos ante la ley; convirtió a los hombres en ciudadanos libres, que ya no tenían por qué temblar ante el tirano y sus secuaces.

Fruto de este nuevo modo de pensar fue el progreso material que inundó Occidente. La aparición de la gran industria moderna, gracias a la cual, por hallarse enteramente al servicio de la clientela consumidora, todos viven mejor, exigía la desaparición de reales patentes y discrecionales privilegios, permitiéndose a cualquiera desplazar a sus ocupantes de los puestos más codiciados, con lo que se impulsaba el ascenso de los más capaces, de los más capaces desde el punto de vista de los consumidores, evidentemente. Nadie pone en duda que, pese al continuo incremento de la población, todo

Occidente goza de un nivel de vida que hace muy pocas generaciones resultaba impensable.

No han faltado, entre nosotros, pese a ello, quienes abogaran por la tiranía, o sea, por el gobierno arbitrario de un autócrata o de una reducida minoría que somete a su voluntad al resto de la población. Es cierto que, a partir del siglo de las luces, tales impulsos se iban haciendo cada vez menos perceptibles. Triunfaba la filosofía liberal; durante la primera parte del siglo XIX, el avance impetuoso de sus principios parecía irresistible; los más eminentes pensadores se hallaban convencidos de que la evolución histórica tendía al establecimiento, por doquier, de la libertad y ni las intrigas ni las violencias de los partidarios del orden servil podían ya detener tal impulso.

Cuando se habla de la filosofía liberal suele pasarse por alto la trascendencia que en su génesis tuvo el estudio de la literatura clásica por parte de la élite occidental. No faltaron, desde luego, entre los griegos escritores quienes, como Platón, propugnaban la omnipotencia estatal. Ello no obstante, el ideario helénico se caracterizó por constante ensalzamiento de la libertad, pese a que modernamente podríamos calificar de oligarquías a las ciudades-estados de la antigua Grecia, pues aquella libertad que los estadistas, los filósofos y los historiadores griegos reputaban como el bien máspreciado constituía privilegio reservado a una minoría, denegándose a metecos y esclavos; gobernaban unas castas hereditarias. Pese a tal realidad, no eran mendaces aquellos cantos a la libertad; tan sinceros como los pronunciamientos de los esclavistas que firmaron la Declaración de Independencia americana dos mil años más tarde, inspirándose en la aludida filosofía helénica movimientos tales como los de los Monarchomachs, de los Whigs, de Althusius, de Grocio, de John Locke, o sea, el ideario que informó las modernas constituciones y las declaraciones de los derechos del hombre. Los estudios clásicos, elemento esencial de toda educación superior europea, mantuvieron vivo el espíritu de libertad en la Inglaterra de los Estuardos, en la Francia borbónica y en la Italia sojuzgada por multitud de príncipes. El propio Bismarck, el mayor enemigo, después de Metternich, de la libertad en el siglo pasado, atestigua que, incluso en la Prusia de Federico Guillermo III, el gymnasium, o sea, la educación basada

en la obra literaria griega y romana, era un bastión de republicanismo^[19]. Los apasionados esfuerzos por eliminar los estudios clásicos de los planes de enseñanza superior, minando la propia esencia de ésta, auspiciaron el resurgir de la ideología servil.

Hace un siglo, pocos conseguían prever el enorme impulso que las ideas antiliberales, en breve plazo, adquirirían. El ideal de libertad parecía tan firmemente enraizado que nadie pensaba pudiera jamás ser eclipsado. Desde luego, pretender combatir abiertamente la libertad, abogando con franqueza por la vuelta a la servidumbre y el vasallaje, hubiera sido, a la sazón, ridículamente vano. Por eso, el antiliberalismo, para apoderarse de las mentes, se presentaba como una especie de superliberalismo, que reforzaría y ampliaría el ideario de la libertad. El socialismo, el comunismo, los distintos planes económicos consiguieron así, de tal guisa disfrazados, colarse por la puerta falsa.

Socialistas, comunistas y planificadores, entonces, al igual que hoy, no buscaban sino la abolición de la libertad individual y la implantación de la omnipotencia estatal. La inmensa mayoría de los intelectuales cree y creyó siempre que, al luchar por el socialismo, se pugnaba por la libertad. Empezaron calificándose de izquierdistas, de demócratas; hoy en día, dicen que son liberales.

Nos hemos referido anteriormente a la motivación psicológica que perturba el razonamiento de estos intelectuales y de las masas que les siguen. Advierte el sujeto, tal vez de modo subconsciente —decíamos antes—, que fue su propia insuficiencia lo que le impidió alcanzar las altas metas por él ambicionadas; le consta la limitación de su capacidad intelectual y la insuficiencia de su capacidad de trabajo; pero él procura ocultar la verdad, a sí mismo y a sus semejantes, buscando conveniente víctima propiciatoria. Se consuela pensando que el fracaso no se debió a su personal incapacidad, sino a la injusta condición de la organización económico-social prevalente. Bajo el capitalismo, sólo pocos pueden plenamente realizarse. «La libertad, bajo el *laissez faire*, únicamente la alcanza quien tropieza con milagrosa oportunidad o dispone de dinero suficiente para comprarla»[|]. El Estado, por tanto, debe intervenir, imponiendo «justicia social». Piden la

intervención estatal para que les retribuya a ellos, no con arreglo a su personal mediocridad, sino «según sus necesidades».

Las gentes de juicio poco claro, de corta inteligencia, fácilmente son víctimas de la ilusión de creer que la libertad podrá sobrevivir bajo un régimen socialista. Mientras tal pensamiento se limitaba a vanas charlas de café, la cosa no tenía importancia. Pero ahora ya no se puede fantasear; la experiencia soviética ha patentizado cuáles son las condiciones de vida en la comunidad socialista. Los modernos partidarios del socialismo se ven, muy a su pesar, obligados, por tales hechos, a deformar las circunstancias históricas y a falsear el significado de los vocablos, para poder seguir haciendo creer a las gentes que socialismo y libertad son compatibles.

El difunto profesor Laski, destacado laborista, que llegó a presidente del partido, y aseguraba no ser comunista, haciendo incluso gala de anticomunismo, decía que «en la Rusia soviética, un comunista se siente plenamente libre; no se sentiría indudablemente igual de hallarse en la Italia fascista»^[21]. El ruso no conoce otra libertad que la de obedecer las órdenes del superior; tan pronto como se desvía lo más mínimo de la línea del partido, puede darlo todo por perdido; uno más de los «liquidados». No eran, desde luego, anticomunistas aquellos políticos, funcionarios, escritores, músicos y científicos víctimas de las célebres «purgas»; creían fanáticamente en el marxismo; habían sido destacados miembros del partido y desempeñaron altos cargos, recibiendo premios y medallas de la suprema autoridad, en reconocimiento a su lealtad al credo soviético. El único delito en que incurrieron consistió en no haber sabido adaptar a tiempo sus pensamientos y actividades, sus escritos y composiciones, al último cambio de las ideas y gustos de Stalin. Es difícil creer que estas gentes «se sintieran plenamente libres», salvo que se dé a la palabra libertad un significado distinto al que todo el mundo le asigna.

En la Italia fascista, la libertad ciertamente escaseaba. Al adoptarse el modelo soviético del «partido único», quedó amordazada la voz del disidente. Cabe, no obstante, apreciar notable diferencia entre la aplicación de un mismo principio por los bolcheviques y por los fascistas. Bajo el régimen mussoliniano, vivió el profesor Antonio Graziadei, antiguo

diputado comunista, quien, hasta la muerte, permaneció fiel al ideario marxista. Recibió del gobierno, a su jubilación, la pensión que, como catedrático, le correspondía y pudo suscribir y publicar, en las editoriales italianas más prestigiosas, libros de pura ortodoxia comunista. La opresión fascista, en este caso, ciertamente, no fue tan señalada como la que abatió a aquellos camaradas rusos, quienes, en opinión de Laski, «gozaban de plena libertad».

Complacía al profesor Laski repetir la perogrullada de que, en la práctica, libertad significa «libertad dentro de la ley». Y añadía que el objeto de la ley es «garantizar aquella forma de vida que prefieren quienes controlan el gobierno»^[22]. Y tiene razón; para eso, ciertamente, están las leyes del orden liberal; se procura, en efecto, mediante la norma legal, proteger el sistema contra quienes intentan encender la guerra civil o derribar, apelando a la violencia, al gobierno establecido. Incurre, por el contrario, en grave error el profesor cuando agrega que, bajo el capitalismo, «la libertad se conculca y desaparece en cuanto los pobres pretenden alterar de modo radical los derechos de propiedad de los ricos»¹.

Tomemos el caso de Karl Marx, el gran ídolo de Laski y sus seguidores. Cuando, en 1848 y 1849, organizó y dirigió la revolución, primero en Prusia, y, después, en otros Estados alemanes, por su condición legal de extranjero, fue desterrado, con su mujer e hijos y una criada, trasladándose, primero, a París y, después, a Londres. Más adelante, cuando volvió la paz y se amnistió a los instigadores de la fracasada revolución, regresó, una y otra vez, a Alemania. No era ya proscrito exiliado; él, sin embargo, libremente decidió establecer su hogar en Londres. Nadie le molestó cuando (1846) fundó la Asociación Internacional de Trabajadores, cuyo declarado objeto era preparar la gran revolución mundial. Nadie detuvo sus pasos cuando, gestionando en favor de dicha agrupación, se desplazaba por Europa. No tropezó con dificultades para escribir y publicar libros y artículos que, por emplear la propia dicción del profesor Laski, «pretendían alterar de modo radical los derechos de propiedad de los ricos». Y murió tranquilamente en su casa de Londres, 41, Maitland Park Road, el 14 de marzo de 1883.

O tomemos el caso del propio partido laborista inglés. Sus esfuerzos por «alterar de modo radical los derechos de propiedad de los ricos» no fueron obstaculizados, como bien constaba al profesor Laski, con medida alguna contraria a la libertad.

Marx, el rebelde, pudo vivir, escribir y abogar por la revolución, con plena tranquilidad, en la Inglaterra victoriana, del mismo modo que el partido laborista practicó toda clase de actividades políticas, sin traba alguna, en la época postvictoriana. La Rusia soviética, por su lado, no tolera la más mínima oposición. He ahí la diferencia entre libertad y esclavitud.

5. La libertad y la civilización occidental

Están en lo cierto quienes impugnan el concepto jurídico y político de la libertad, criticando las instituciones que, en la práctica, la amparan, cuando afirman que no basta el impedir la arbitrariedad gubernamental para garantizar la libertad. Pero, al insistir en verdad tan evidente, están como intentando forzar una puerta abierta, pues ningún liberal afirmó jamás que, con impedir la arbitrariedad gubernamental, quedaba garantizada una libertad total. La economía de mercado concede al individuo la libertad máxima compatible con el orden social. Las constituciones políticas y las declaraciones de derechos humanos *per se* no engendran libertad. Sirven tan sólo para proteger, contra los abusos de la Administración, la libertad que el sistema económico basado en la competencia otorga al individuo.

Todo el mundo, bajo un régimen de economía de mercado, ya lo hemos dicho muchas veces, puede, de acuerdo con la división social del trabajo, perseguir aquellos objetivos que más le atraigan. Cábele elegir cómo desea servir a sus conciudadanos. Tal derecho, en cambio, bajo una economía planificada, se desvanece; la autoridad determina la ocupación de cada uno; puede discrecionalmente premiar y castigar; depende enteramente el particular del capricho de quien se halla en el poder. Con el capitalismo sucede, precisamente, lo contrario; todos y cualquiera pueden enfrentarse con aquellos que ocupan las mejores posiciones, si bien habrá el interesado

de cuidar al público de modo mejor o más barato a como los otros lo estén haciendo. La falta de dinero no es nunca óbice, pues los capitalistas se hallan siempre buscando quien de manera más provechosa sepa invertir. Depende, única y exclusivamente, de los consumidores, quienes compran sólo lo que, en cada momento, prefieren, el triunfar o sucumbir en las actividades mercantiles. Por lo mismo que el consumidor no queda a merced de los productores, el asalariado tampoco puede ser explotado por el patrono. El empresario, en efecto, que deja de contratar los trabajadores más idóneos, que no paga lo suficiente para atraérselos, separándolos de otros cometidos, quiebra, quedando aislado. El patrono, desde luego, cuando facilita trabajo al obrero, no lo hace por favorecerle; le contrata porque lo necesita para su empresa, al igual que precisa materias primas y equipo industrial. El trabajador, por su parte, tampoco le está haciendo particular favor a quien le contrata; si labora es porque cree que tal ocupación, todas las circunstancias concurrentes consideradas, es la que a él, operario, más le conviene.

La economía de mercado constituye continuo proceso de selección social; determina la posición y los ingresos de cada uno. Grandes fortunas se reducen y esfuman, mientras gentes nacidas en la pobreza escalan puestos preeminentes. Si ninguna posición se privilegia, si el Estado no ampara a los entes ya consagrados frente al embate de los nuevos empresarios, quienes ayer adquirieron riquezas se ven forzados a reconquistarlas diariamente en constante competencia con todo el resto de la población.

La posición de cada uno, bajo el régimen libre de división del trabajo, depende del aprecio que el público comprador, del que el interesado forma parte, otorga a lo ofertado. Cada uno, al comprar o abstenerse de comprar, se integra en aquel supremo organismo que asigna a todos, y también al sujeto, específica categoría social. Nadie deja de participar en ese proceso por cuya virtud unos tienen ingresos superiores y otros menores. Cualquiera puede aportar aquellos servicios que los demás ciudadanos recompensan con mayores ganancias. La libertad bajo el capitalismo significa no depender de la discrecionalidad ajena en mayor grado que los demás

dependen de la propia. Superior grado de libertad no cabe cuando la producción se realiza bajo el signo de la división del trabajo, resultando impensable una autarquía individual absoluta.

El colectivismo, por fuerza, ha de acabar siempre aboliendo toda libertad, convirtiendo a las gentes en esclavos de quienes detentan el poder, independientemente de que el marxismo, como sistema económico, resulta inviable por no poder recurrir al cálculo económico. De ahí que jamás quepa contemplar el socialismo, según algunos quisieran, como posible alternativa, como peculiar, pero pensable, sistema de organización social, pues, por su impracticabilidad, en aislamiento, sólo sirve para desintegrar la cooperación humana, provocando, indefectiblemente, pobreza y caos.

Al tratar de la libertad, dejamos conscientemente de lado el problema económico básico que separa capitalismo y socialismo. Nos limitamos a resaltar que, para el hombre occidental, a diferencia del asiático, resulta consustancial vivir sin trabas, pues él mismo, su idiosincrasia toda, se fraguó bajo la égida de la libertad. China, Japón, India y los países mahometanos no eran pueblos bárbaros antes de contactar con Occidente. Alcanzaron, siglos y aun milenios antes que nosotros, altos niveles de perfección en las artes industriales, la arquitectura, la literatura y la filosofía; desarrollaron escuelas y sistemas de enseñanza; organizaron poderosos imperios. Pero, careciendo de sapiencia bastante para afrontar los problemas económicos que se les iban acumulando, su primigenio ímpetu fue anquilosándose, para devenir culturas aletargadas en secular modorra histórica. Se desvaneció la genialidad intelectual y artística; pintores y escultores, escritores y oradores, servilmente reproducían las formas tradicionales; teólogos, filósofos y juristas se limitaban a la rutinaria exégesis de las obras del pasado; los gloriosos monumentos se desmoronaban en tristes ruinas; todo yacía descoyuntado. Las gentes, sin vigor ni energía, apáticamente contemplaban la progresiva decadencia y general empobrecimiento. Nada cabía hacer.

Las antiguas obras filosóficas y poéticas de Oriente soportan el parangón con los mejores trabajos occidentales. Pero, desde hace muchos siglos, Oriente no ha producido ningún libro de importancia. Apenas algún

nombre, entre tantos millones de seres, reluce con tenue fulgor en la noche oscura de los últimos quinientos años. Oriente tiempo ha dejó de contribuir al esfuerzo intelectual de la humanidad, dando la espalda a los problemas y controversias que agitaban a los pueblos occidentales. Europa, permanentemente convulsa; Oriente, sumido siempre en el estancamiento y la indolente indiferencia.

Podemos hoy diagnosticar el mal. Oriente careció de lo principal; renunció a la idea de la libertad frente al Estado; nunca se rebeló contra el tirano, ni intentó asegurar los derechos del individuo frente al gobernante; la arbitrariedad del déspota era sagrada, no podía ser objeto de juicio ni condena. Fue por eso imposible montar un mecanismo legal que protegiera la propiedad individual, la riqueza privada del ciudadano, contra la confiscación, contra la injusta apropiación de la misma por el amo de turno. Ofuscados con la idea de que la riqueza de los ricos era causa de la pobreza de los pobres, acogían las masas con entusiasmo la expoliación gubernamental del comerciante enriquecido. Se hacía imposible toda seria acumulación de capital; las mendicantes turbas, azuzando a sus propios gerifaltes, sin darse cuenta, estaban condenándose a la pobreza, la enfermedad y la muerte, haciendo a sí mismas prohibitivas las ventajas derivadas de la rentable inversión de capitales. No había «burguesía» y, consiguientemente, no surgía esa amplia demanda que estimula a escritores, artistas e inventores. El hombre común solo veía un camino de prosperidad: el servicio del príncipe. En la sociedad occidental las gentes competían entre sí por conseguir los mejores premios; la oriental constituía, en cambio, apático conglomerado de seres todos dependientes del favor del soberano. La enérgica juventud occidental consideraba al mundo como un campo de acción donde había que conquistar la fama, la eminencia, los honores y la riqueza; con su ambición, lo domeñaba todo. Las lánguidas mocedades orientales sólo sabían entregarse a los rutinarios cometidos tradicionales. Aquella noble confianza del hombre occidental en su propio esfuerzo ya la cantaba Sófocles; el coro de Antígona exalta al hombre y su creadora capacidad, y la misma filosofía rezuma la maravillosa Novena Sinfonía de

Beethoven, fe absoluta en la propia capacidad de reacción ante la adversidad. Nada de esto escucharon jamás los orientales.

¿Es posible que los herederos de quienes crearon la civilización del hombre blanco renuncien a su libertad conseguida de forma tan cara, convirtiéndose por propia voluntad en vasallos de la omnipotencia gubernamental? ¿Van a limitar sus aspiraciones a vegetar bajo un sistema que les convierte en insignificantes piezas de gigantesca maquinaria que sólo el todopoderoso planificador puede manejar? ¿Será posible que la mentalidad que caracteriza a las civilizaciones fosilizadas barra y aparte aquellas altas ambiciones por cuyo triunfo millones de seres ofrendaron su vida?

Ruere in servitium —se sumieron en el servilismo— observaba Tácito, con tristeza, refiriéndose a los romanos de la época de Tiberio.

V

EL ANTICOMUNISMO ANTICAPITALISTA

Desconoce el universo la estabilidad, la inmovilidad. El cambio y la mutación son consustanciales a la mera existencia. Todo es pasajero; siempre estamos en «época de transición». La vida humana desconoce la calma y el reposo; constituye un proceso, nunca un *statu quo*. Y, sin embargo, tercamente tendemos a engañarnos pensando en una invariable existencia. Las utopías, todas, quisieran poner punto final a la historia, instaurando algo inmóvil, permanente y absoluto.

Obvias razones psicológicas nos induce a pensar así. El cambio altera nuestras condiciones de vida, nuestro ambiente; hemos de readaptarnos a nuevas situaciones; se lesionan las posiciones conseguidas; se ponen en peligro los sistemas tradicionales de producción y consumo; se molesta a quienes, de tarda inteligencia, la mutación les obliga a hacer el esfuerzo de pensar. Contraría, evidentemente, a la propia naturaleza humana al conservadurismo; y, sin embargo, de condición conservadora ha sido siempre la posición preferida por la inerte mayoría que, torpemente, se resiste a mejorar, siguiendo los cauces abiertos por las despiertas minorías. La palabra reaccionario suele aplicarse a los aristócratas y eclesiásticos que militan en los partidos denominados conservadores. Y, sin embargo, los

ejemplos más señalados de tal filosofía registrarlos otros grupos: aquellos artesanos que dificultan el ingreso en sus gremios a nuevos miembros; aquellos campesinos que demandan protecciones tarifarias, subsidios y precios mínimos; los asalariados hostiles a las mejores técnicas, que ansían siempre políticas sociales protectoras y restrictivas.

El vano orgullo de bohemios literatos y artistas menosprecia la actuación empresarial por entender implica despegue hacia lo que ellos denominan actividad intelectual. Y, sin embargo, empresarios y promotores, en realidad, despliegan mayor intuición y superior esfuerzo mental que el escritor o el pintor de tipo medio. La incapacidad cerebral de muchos que se autocalifican de intelectuales resulta patente al comprobar su impotencia para apreciar las condiciones personales e intelectuales que exige el regentar con éxito una empresa mercantil.

Subproducto del moderno capitalismo son todos esos frívolos intelectuales quienes actualmente, por doquier, pululan; su entrometido y desordenado actuar repugna; sólo sirven para molestar. Nada se perdería si, de algún modo, cupiera acallarlos, clausurando sus círculos y agrupaciones.

Pero la libertad resulta indivisible; si restringiéramos la de esos decadentes y enojosos pseudoliteratos y, apócrifos artistas, estaríamos facultando al gobernante para que definiera él *qué es lo bueno* y qué es lo malo; estatificaríamos, socializaríamos, el esfuerzo intelectual. ¿Acabaríamos, así, con los inútiles e indeseables? Cabe fundada duda. Indubitable, en cambio, es que perturbaríamos gravemente la labor del genio creativo.

Al gobernante le repugnan las ideas originales, los nuevos modos de pensar, los flamantes estilos artísticos; se resiste a toda innovación. El concederle, en estas materias, facultades decisorias impondría por doquier la regimentación, el inmovilismo y la bastardía artística.

La baja moral, la disipación y la esterilidad intelectual de estos desvergonzados pseudoescritores y artistas constituye el costo que la humanidad ha de soportar para que el genio precursor florezca imperturbado. Es preciso conceder libertad a todos, incluso a los más ruines, para no obstaculizar a esos pocos que la aprovechan en beneficio de

la humanidad. La licencia otorgada en el siglo pasado a aquellos desaliñados tipos del *Quartieux Latín* fue una de las concausas que permitieron la aparición de escritores, pintores y escultores de primera fila, que tal vez, en otro caso hubieran quedado inéditos. El genio precisa de mucho aire libre para respirar a gusto; si le falta, se asfixia. No son, desde luego, las frívolas doctrinas de los bohemios las que provocaron el desastre; lo malo fue que las gentes las aceptaran gustosas. Tales pseudofilosofías las asimilan, primero, los forjadores de la opinión pública —intelectuales, editorialistas, publicistas— quienes, luego, con ellas, lavan el cerebro a las ignorantes masas. Las gentes, sin pensarlo dos veces, se adhieren a los credos de moda, por temor a ser consideradas rústicas y atrasadas.

Muy perniciosa para Occidente fue, con su sindicalismo agresivo y su célebre *action directe*, la ideología de George Sorel, fracasado intelectual francés, cuyo pensamiento, sin embargo, pronto cautivó a los literatos europeos; fomentó decisivamente el extremismo de los movimientos sediciosos; cautivó al monarquismo galo, al militarismo y al antisemitismo; y desempeñó importante papel en la formación del bolchevismo ruso, del fascismo italiano y del movimiento juvenil alemán que desembocó en el nazismo. Hizo de los antiguos partidos políticos, los cuales únicamente en el terreno democrático admitían la liza, pandillas de auténticos forajidos, que sólo entendían el argumento de las pistolas. Gustaba Sorel de hacer mofa del gobierno representativo, del orden burgués, predicando el evangelio de la guerra, tanto civil como internacional. Violencia y siempre violencia fue su divisa. El presente estado de cosas se debe, en gran parte, al triunfo europeo de las ideas sorelianas.

Los intelectuales fueron los primeros en exaltar tal pensamiento; lo popularizaron, pese a resultar esencialmente antiintelectual, al rehuir el razonamiento riguroso, la deliberación serena. Para Sorel, sólo la acción tenía interés, es decir la revuelta desabrida e irascible. Recomendaba siempre luchar por un mito, cualquiera que fuera su contenido. «Si te colocas en el campo de los mitos, inmune eres a la refutación crítica» .
¡Qué filosofía tan maravillosa, destruir por el gusto de destruir! No hables, no razones: ¡mata! Sorel rechaza todo «esfuerzo intelectual», incluso el de

los teóricos de la revolución. Lo que el mito esencialmente persigue es «adiestrar a la gente para que luche por la destrucción de todo lo existente»¹. Sin embargo, no hay que achacar la difusión de esta pseudofilosofía destructiva ni a Sorel, ni a sus discípulos —Lenin, Mussolini y Rosenberg—, ni a la legión de irresponsables escritores y artistas. La catástrofe se produjo porque, durante muchas décadas, pocos se tomaron la molestia de analizar, con sentido crítico y combatividad suficiente, las sanguinarias tendencias de tales rufianes. Incluso aquellos escritores que se resistían a aceptar la idea de una violencia sin límites ansiaban, sin embargo, hallar interpretaciones favorables a los peores excesos de los dictadores. Las primeras tímidas objeciones, muy tarde, desde luego, surgieron, cuando los intelectuales, que aquellas tesis habían venido propugnando, comenzaron a advertir que ni aun la adhesión más entusiasta a la ideología totalitaria les garantizaría a ellos de la tortura y la muerte.

Existe, hoy en día, un falso frente anticomunista. Se califican de «anticomunistas liberales», pero más exacto sería denominarlos «antianticomunistas», pues a lo que de verdad aspiran es a la implantación de un comunismo carente de aquellas circunstancias, inherentes e inseparables del marxismo, que por ahora todavía repugnan al público americano. Establecen ilusoria distinción entre comunismo y socialismo y, sin embargo, paradójicamente se apoyan para fundamentar su no comunista socialismo en un documento cuyos autores denominaron Manifiesto comunista. De todas formas, para mejor disimular las cosas procuran sustituir el término socialismo por vocablos más suaves, tales como planificación o Estado providencia. Pretenden oponerse a las aspiraciones revolucionarias y dictatoriales de los «rojos», pero, en libros y revistas, colegios y universidades, no dejan de ensalzar, como uno de los más grandes economistas, filósofos y sociólogos, eminente benefactor, liberador de la humanidad, a Carlos Marx, el adalid de la revolución comunista y de la dictadura del proletariado. Quieren hacernos creer que el remedio adecuado para todos los males estriba en la implantación de un totalitarismo no totalitario, es decir, una especie de cuadrado triangular. Cuando formulan

la más leve objeción al comunismo se apresura a denigrar el capitalismo aún con mayor severidad, mediante frases tomadas del injurioso vocabulario de Marx y Lenin. Recalcan que aborrecen al capitalismo posiblemente más que al comunismo y justifican todos los excesos de éste señalando con el dedo los «execrables horrores» del capitalismo. En definitiva, pretenden luchar contra el comunismo incitando a todos a aceptar el decálogo del *Manifiesto comunista*.

La verdad es que estos «anticomunistas liberales» no luchan contra el comunismo como tal, sino contra una organización comunista cuya minoría gobernante no les acepta. Aspiran a un orden socialista, es decir, comunista, en el cual, o bien ellos, o bien sus más íntimos amigos, manejarán las palancas del poder. Quizá sea excesivo decir que pretendan liquidar a los demás; posiblemente lo único a que aspiran sea a no resultar ellos mismos liquidados, pues, en la comunidad socialista, de tal garantía solo gozan el supremo autócrata y sus secuaces.

Todo movimiento «antialgo» implica una actitud puramente negativa. Carece de probabilidad alguna de triunfar. Sus apasionados ataques verbales sirven más bien de propaganda al programa combatido. La gente ha de luchar por un ideal; no basta la simple condena del mal, por pernicioso que el mismo sea. Frente al socialismo, únicamente un respaldo, sin reservas, de la economía de mercado servirá.

Tras la triste experiencia soviética y el lamentable fracaso de todos los demás experimentos socialistas, bien escasas probabilidades de triunfo restarían al comunismo, si lográramos dismantelar aquel falso anticomunismo.

Y, como decíamos, sólo el apoyo franco y leal al capitalismo del *laissez faire* impedirá que las naciones civilizadas de la Europa occidental, América y Australia sean esclavizadas por la barbarie de Moscú.